

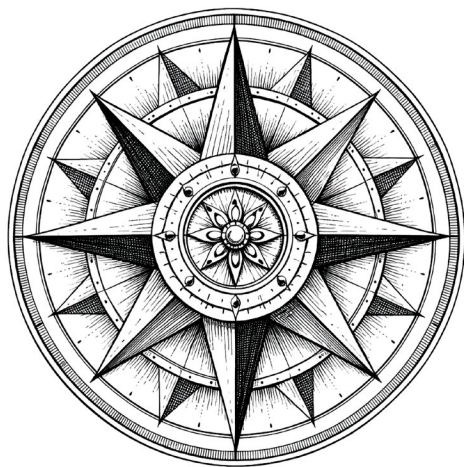
EL CONTINENTE EMERGIDO



RAÚL SANZ GARCÍA



EL
CONTINENTE
EMERGIDO



RAÚL SANZ GARCÍA

Esta es una versión digital gratuita de la novela, que el autor distribuye libremente en su web. Si la has obtenido por otra vía, te invito a descargarla en raulsanz.es/continente.

La obra se ofrece bajo licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0): puedes compartirla y distribuirla libremente, citando siempre al autor, siempre que no se use con fines comerciales ni se altere su contenido. Para cualquier otro uso, contacta con el autor.



Si prefieres tener el libro en papel, está disponible en edición impresa en [Amazon](#) y en [Lulu](#).

© Raúl Sanz García
Madrid (España), 2026
raul@raulsanz.es
<https://raulsanz.es>

Editorial Inexistente, 2026
<https://inexistente.es>

INTROPROLOGUCIÓN

CUANDO PARECÍA QUE ya estaba todo descubierto en el planeta Tierra, un pescador de anchoas se encontró con un continente desconocido en medio de un océano del sur, o del norte, según se mire. ¿Cómo era posible que nadie lo hubiese visto antes?

—Se nos pasó —declaró el Secretario General de la ONU—. Tanto satélite por aquí y por allá, tanto barco para arriba y para abajo, y se nos pasó.

El continente no era muy grande y algunos decían que si acaso era una isla. Hubo una gran discusión entre los geógrafos y al final, del mismo modo en que Plutón había pasado de planetoide a planeta enano, el continente fue declarado enano.

Cuando llegaron las primeras noticias de los exploradores, se comprendió cómo había sido posible que este pequeño mundo hubiese pasado desapercibido. Contaron que vivían allí gentes empeñadas en ocultarse, y habrían seguido así de no ser por la escasez de anchoas, que hizo que los pescadores tuviesen que perseguirlas hasta aquellas remotas aguas.

Sin embargo, a pesar de haber sido descubiertos, no cejaron en su empeño. Sus artes de camuflaje eran tan extraordinarias que muchos de los que viajaban hasta el continente para hacerle fotos no lo encontraban. Hubo entonces otro gran debate.

—Dejémosles en paz —dijeron algunos antropólogos.

Otros, sin embargo, afirmaron que no se podía dejar pasar la oportunidad de estudiar una cultura tan extraña, con cuidado, eso sí, de no pegarles la gripe o el sarampión.

También hubo quienes no se pararon a discutir y partieron a explorar esa tierra virgen. Algunos iban cargados de cacerolas de acero inoxidable, otros llevaban mocasines de piel sintética o crucifijos, y unos pocos tenían intención de encontrar petróleo o animales raros.

—¡Se prohíbe ir para allá! —gritó el secretario general de la ONU, pero nadie le hizo caso.

A quienes sí se hizo caso fue a los cuarenta buques de guerra que se pusieron alrededor del continente para vigilarlo.

—¡De aquí no pasa nadie hasta que no demos permiso! —gritó el presidente de los Estados Variados de Filipondia—. Lo primero de todo, hay que hacer un mapa.

Y a ello se pusieron los satélites, pero no les salía. Aunque lo veían, el continente seguía empeñado en ocultarse y de vez en cuando le desaparecían islotes o penínsulas.

—Así no hay manera —dijeron los informáticos—, hay que hacerlo a la antigua usanza.

Sin embargo, ¿quién sabe hoy hacer mapas a la antigua usanza? Parece fácil, pero no lo es. Hay que saber usar cacharros como sextantes, astrolabios, colopéndros y pescómetros. Cuando lo intentaron, les salió tan defectuoso que no servía para nada.

Y es aquí donde comienza esta historia.

I. UN CARTÓGRAFO A LA ANTIGUA USANZA

HERMIGIO ASEGURABA QUE había dibujado la Antártida sin hielos a base de pura intuición.

—Se le van quitando cachos y lo que queda es la roca —decía golpeando con los nudillos en una mesa.

—Y a nosotros que nos importa —le respondía el mundo.

Hermigio se guardaba entonces el desprecio y se iba a otra parte. Era un viejo que aparentaba su vejez, canoso de pelo largo con el que se tapaba de atrás para delante la coronilla, jorobado por exceso de espalda sin soberbia y nudoso en todas sus articulaciones, especialmente en unos dedos con más falanges de las reglamentarias. Caminaba con las manos en los bolsillos como quien no espera ya nada y lo veía todo borroso, salvo que se pusiera unas gafas grasientas que llevaba siempre en el bolsillo de la camisa.

—Para lo que hay que ver —solía decir.

A pesar de todo, era muy flexible y estaba en forma. Podía tocarse las puntas de los pies sin doblar las rodillas y rompía nueces con los bíceps. Vivía con una pensión de trepecientos euros, aunque él contaba en pesetas y no le gustaban los cacharros modernos.

—¿Qué es eso del *jepese*? Yo miro al sol y llego a la sierra en bicicleta.

Y así era, y cuando llegaba se dedicaba a murmurar contra la muchedumbre que pululaba por allí en leotardos fosforescentes. Él vestía unas alpargatas de tela de saco y una camisa de cuadros ocre sin el botón del ombligo.

De noche, sin embargo, no podía ir a ningún sitio porque las estrellas no se veían. La razón era la «cantidad de mierda» que había sobre la ciudad.

También era un botánico a la antigua usanza. Iba por el parque y veía lechugas silvestres por doquier.

—Si se lavan bien se pueden comer —decía—, y eso otro también, que es pariente del puerro.

Con semejante ciencia, se creía preparado para sobrevivir a una hecatombe.

—Si ahora mismo se fuese la luz y el internet, moriríais todos de hambre —lo decía con tristeza porque no le agradaba la idea—, porque sois idiotas.

Tenía fama de huraño y lo era, y le gustaba arrimarse a las tertulias de los bares para decir poco y sentenciosamente. A diferencia de casi todos los que allí estaban, él tenía estudios, no se sabía cuáles, pero los tenía.

—¿Has viajado mucho, Hermigio? —le preguntaban.

Él negaba con la cabeza.

—He visto mucho, que es distinto.

Y además de todo eso, hacía dibujos a lápiz con un detallismo sorprendente. Cuando mostraba sus dibujos de árboles, todos se quedaban maravillados por la fidelidad de las rugosidades de la corteza y los nervios de las hojas.

El árbol en sí, aunque parecía un árbol, no se parecía a ninguno.

—Yo dibujo como los chinos —decía y nadie sabía por qué, porque nadie sabía cómo dibujan los chinos, ni siquiera los chinos que había en el barrio—. Un árbol sale de la tierra, pues aquí el papel es la tierra.

Era una especie rara y lo sabía. Un poeta que no había escrito versos nunca y que sentía en el fondo, muy en el fondo, una tristeza inexplicable que no podía explicar. Por eso cuando, un día de los que tienen veinticuatro horas, vio un anuncio en un periódico, supo que se marcharía por última vez. Decía:

«Se busca cartógrafo a la antigua usanza».

—Yo soy cartógrafo, ese es mi oficio —murmuró—, ¿no lo sabíais?

—Sí, lo has dicho muchas veces —respondió una voz sin rostro.

—Iré.

—Pues vete, maldito viejo.





2. CARTAPACIOS CONTRA MADEROS

CUANDO LLEGÓ AL sitio de la entrevista, le hicieron esperar una hora junto a un hombre que no paraba de teclear en un madero. Se dijeron hola y qué hay, aunque no había nada, y cada uno siguió a lo suyo; Hermigio a mirar al infinito, que en su caso era una máquina de café, y el otro a mirar a lo finito.

Esperó a pesar de que no le gustaba esperar porque, aunque era muy impaciente, tenía mucho aguante. Llevaba encima un cartapacio tamaño mesa de billar repleto de mapas, la mayoría inventados, y dibujos de árboles y frutos secos. Su rival no llevaba nada aparte del madero negro brillante que emitía unas luces que parecían las de una feria. «No es rival —pensó Hermigio—, lleva zapatos de bailador de claqué y gafas de notario».

Cuando le tocó el turno, lo invitaron a sentarse en una mesa redonda frente a un hombre y una mujer de caras plastificadas que llevaban cada uno su madero. Pero el viejo no se arredró, donde estuviesen los cartapacios que se quitasen los maderos, así que plantó el suyo en la mesa de un golpetazo que casi tiró de espaldas a la entrevistadora. El compañero no perdió la sonrisa, más bien porque no la tenía, sino que la tenía pintada, y se puso a hablar de cosas sin importancia: ¿es usted tal y cual y pascual?

A lo que Hermigio respondió que sí a todo para quitarse la paja de encima y abrir su cartapacio cuanto antes. Pero la mujer le preguntó:

—¿Qué experiencia tiene?

El viejo se quedó mirándola como se mira a una gallina que está poniendo un huevo; es decir, con mucha atención. ¿Acaso tenía que responder? «Míreme a la cara —pensó— ¿no se ve la experiencia en ella?», pero como intuyó que quizás no fuese conveniente ser demasiado brusco, respondió sin más:

—Toda la del mundo.

—¿Dónde aprendió usted el oficio? —atacó el hombre.

—En la guerra.

—¿En qué guerra?

—En la guerra y punto. La guerra no es una cosa bonita de recordar.

Y como ya estaba harto de tanta pregunta, abrió su cartapacio y sacó un mapa de Gurilandia. Los otros se quedaron maravillados al ver los bosques pintados árbol a árbol, las montañas sombreadas con plumilla, los océanos con su oleaje embravecido surcados por carabelas y cachalotes que asomaban la cola. En cada extremo, la figura de un querubín soplando, los cuatro puntos cardinales, y en el centro una rosa de los vientos con más pinchos que un puercoespín.

—Esto es un mapa a la antigua usanza, caballeros —dijo ignorando la presencia de la mujer—. Un auténtico portulano pintado a mano con un pincel de cuatro pelos.

—¿Pero esto dónde está?

—¿Cómo que dónde está? ¿Y eso qué más da?

—No tiene usted mapas de cosas de verdad.

Hermigio los miró como se mira a un chimpancé que está tratando de cazar hormigas con un palo. Sacó entonces su mapa de la Antártida plagado de pingüinos tirándose en plancha y puntas de icebergs que parecía que flotaban de verdad. Guardó silencio seguro de su victoria y esperó. Esperó mucho rato porque los entrevistadores se habían quedado con cara de inflar globos.

—¡Oh, muy bonito! —exclamó por fin la mujer.

—Muy bien, muy bien. Ya le llamaremos.

Y lo despidieron con tantas palmaditas en la espalda que todas juntas sumaban un empujón que lo sacó del edificio. Cuando estuvo fuera, pensó: ¿ya me llamarán?, ¿cómo, a gritos? Porque él no tenía teléfono ni nada que se le pareciese.





3. UN HUECO EN UNA OQUEDAD

A LOS TRES días se enteró de que no le habían dado el trabajo porque se lo habían dado a la empresa *Cazatesoros Plumber*, que tenía un barco teledirigido y robots que hacían de todo, desde fregar los platos hasta imitar el canto de las ballenas.

—¿Qué es eso de «cazatesoros»? —refunfuñó—. ¿Acaso los tesoros corren como las liebres?

Y refunfuñando se fue a su casa. Pero como era inconformista, se levantó del sillón después de haberse sentado y salió. Recogió antes cuatro bártulos que ya tenía preparados y se dijo:

—¡De eso nada, ni *plumber* ni *plumbor*! ¡El mapa de ese continente lo voy a hacer yo!

Estaba convencido de que solo él podía hacerlo. ¿Acaso hacer mapas tenía algo que ver con cazar tesoros? No, se necesitaba una sabiduría interna y externa que solo se adquiría mirando muy fijamente lo pequeño dentro de lo grande y lo grande dentro de lo inmenso. Hermigio era capaz, con una plomada colgada de la visera de su gorra, de dividir el paisaje en una cuadrícula perfecta con pequeños giros medidos de su cabeza. ¿Quién podía igualar semejante hazaña en un mundo lleno de maderos?

Cogió su bicicleta y se puso a pedalear, aunque solo en los llanos, porque cuesta arriba no podía y cuesta abajo no le hacía falta. Así llegó hasta un puerto pesquero en el que conocía al conocido de un viejo amigo, pero cuando preguntó por él, le dijeron que se había muerto.

—Pero ¿quién se ha muerto? —repreguntó de nuevo porque no le quedaba muy claro.

Al final resultó que el que no estaba muerto estaba jubilado y vivía en una residencia para ancianos en una montaña a tres mil kilómetros, y otro había ingresado en un monasterio con voto de silencio.

—Pues yo necesito un barco.

—Claro, y yo un marido —le respondió una mujer. Hermigio no entendió la broma y se quedó un rato pensativo por si le estaban haciendo una proposición.

Al final concluyó que no era momento para matrimonios. Visto el nulo eco que había despertado su petición, se marchó a un lugar que solo él conocía y en el que había mucha gente que desconocía el secreto que guardaba. Se trataba de un malecón medio en ruinas que se adentraba en el mar. Y en su mitad había una oquedad, y en la oquedad un hueco del tamaño de un dedo meñique de adulto o índice de niño. Y dentro una llave seguramente ya oxidada, pero nada que un poco de vinagre no pudiese arreglar.

Metió su dedo largo, rebuscó y, efectivamente, la llave aún estaba. ¿Cómo había llegado hasta allí? Era una vieja historia que al viejo no le gustaba recordar. En su juventud, pues tal cosa existió, trabajó en aquel puerto. Allí conoció a un capitán de barco que tenía una hija más

o menos de su edad —de la edad de Hermigio, no de la del capitán—, y ambos se enamoraron perdidamente. Y tal cosa fue su perdición porque el padre la quería para el hijo de un banquero o de un funcionario de correos. Un día, la familia del capitán se marchó a vivir a Miami. La última noche, María Eugenia, que era como se llamaba la muchacha, le dijo:

—He guardado una llave en un hueco en una oquedad en mitad del malecón. Es la llave del barquito que mi padre me regaló. Lo dejó aquí, está en el puerto. Cuando puedas, ve a buscarme a Miami y huiremos juntos.

—¿Y por qué no huimos ahora? —preguntó Hermigio con mucha lógica.

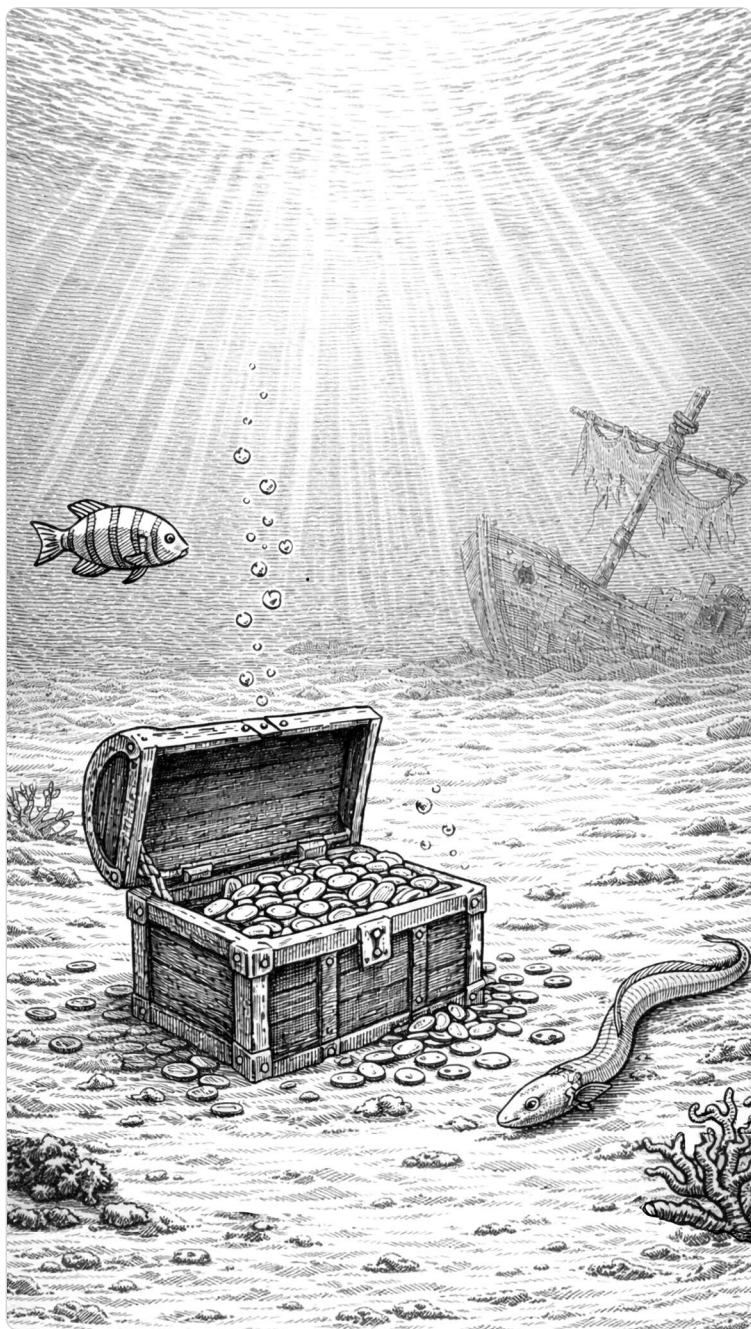
—Es que mi padre me ha comprado entradas para un concierto de Julio Iglesias en Miami.

—¿Julio Iglesias? ¿Quién es?

—Es un cantante de moda.

Y así se despidieron para siempre. Hermigio nunca pudo ir a por la llave porque a la mañana siguiente salió a pescar y naufragó. Estuvo muchos años perdido y se le pasó el amor como al que se le pasa un constipado, a pesar de lo cual no le gustaba recordar aquella historia y le fastidiaba un poco tener que meter el dedo en la maldita oquedad.





4. SILBA, IDIOTA

EL BARQUITO SEGUÍA en el puerto y hacía honor a su diminutivo. Afortunadamente, el letrero de María Eugenia, que era como se llamaba también ese pedazo de madera flotante, se había borrado. No es que a Hermigio le molestase semejante nombre, simplemente quería ponerle uno de barco y no de persona. Porque ahora se consideraba dueño de aquel, aunque solo fuera como pago por un amor que pudo ser y no fue. Sacó un lapicero gordo y pintó en el casco: PELICÁNTROPO, que quiere decir «hombre pelícano».

Luego tuvo que hacer unos cuantos arreglos, porque el Pelicántropo tenía más piezas rotas que sanas, y comprar víveres como latas de alcachofas y frutas en almíbar. Las proteínas las sacaré con mis redes, se dijo muy ufano sin saber lo difícil que era en aquella época pescar anchoas en el océano.

Cuando lo tuvo todo listo, se hizo a la mar ante la mirada atónita de los cuatro señores que mataban su tiempo sentados en el cemento del puerto.

—¿Quién es ese?

—No es del pueblo.

—¿De qué pueblo?

Y así pasaban horas y horas.

Hermigio no miró atrás, no era su costumbre. Si alguna vez lo hacía, se giraba todo él, de cuerpo entero, por lo que consideraba que eso no era mirar atrás, sino poner lo que estaba atrás delante y viceversa. Y siguió y siguió hasta que concluyó que ya no se vería la costa, entonces giró el barco trescientos sesenta grados y a la mitad vio que tenía detrás lo mismo que delante y siguió hacia el sur.

En su camino, se cruzó con un carguero que venía de China casi hundido por una montaña de catorce pisos de contenedores.

—¿Adónde vas? —le dijeron, y pensaron: «está loco ese hombre».

—¡Al sur! —respondió— ¡A dibujar un mundo nuevo! ¿Qué lleváis en los contenedores, por cierto?

—Peluches y bolas de esas que, si las pones boca abajo hacen *jrujrujru*, y si las pones boca arriba brillan y parece que nieva en su interior.

Hermigio ya no escuchó la última frase y se quedó con el *jrujrujru*. Y no estaba loco, por mucho que lo pareciese. Quizás fuese algo temerario, que es como a veces llaman los cobardes a los valientes, pero era un gran marinero.

Muy pronto los delfines se pusieron a su lado y le hablaron.

—Hombre, ya no se ven aventureros como tú por aquí.

Él los saludó con la mano porque, aunque entendía su lengua, no sabía hablarla.

—Si necesitas algo, háznoslo saber.

Hermigio se encogió de hombros y puso cara de ¿cómo?

—Silba, idiota, siete veces, la primera, la quinta y la última largas. Y si es urgente, da también tres palmadas.

No le importó que lo llamaran idiota. Sabía que lo hacían sin mala intención, era el carácter campechano de los delfines, que carecen de protocolo y concursos de belleza y simpatía.

Así continuó su viaje durante muchos días hasta que el motor del Pelicántropo comenzó a toser y a echar humo negro. Hermigio sacó su navaja multiusos y trató de arreglarlo, pero el carburador trifásico estaba quemado y el pistón de la cigalla partido en dos. Por si eso no fuera suficiente, un golpe de mar le hizo tragarse el tornillo de la carcasa que sujetaba entre los labios. Después de unas cuantas regurgitaciones, logró echarlo fuera, aunque salió botando y saltó por la borda. El viejo marinero se alzó entonces animado por un optimismo secreto e insensato, había estado en situaciones mucho peores, así que no se iba a rendir por tan poca cosa.

Silbó siete veces y no apareció nadie, ¿cuáles eran las largas y las breves? Atento a los maravillosos saltos de los delfines, se le había olvidado no olvidar la contraseña. Probó tantas combinaciones, con palmadas incluidas, que si alguien lo hubiera visto de lejos se habría sorprendido, y quizás alegrado, de encontrar a aquel viejo bailando en mitad del mar en su barco enano y destartado. Al final, se le quedó la boca seca y tuvo que admitir que no había nada que hacer. Entonces, hizo lo que siempre hacía cuando no había nada que hacer: se echó una siesta.



5. EL REGRESO DE MARÍA EUGENIA

NAVEGÓ A LA deriva durante incontables días. La comida se le acabó y el océano solo le daba unas pocas gotas de agua al día que conseguía desalar con un dispositivo case-ro que llevaba consigo: un barreño con un vaso metido dentro y un plástico y una piedra encima.

Así se mantuvo con vida, aunque su vida ya no estaba en el suelo que pisaba, sino en las alucinaciones que no dejaban de asediarlo cada vez con más insistencia. Durante unas horas convivió con la vieja vaca de su abuelo, que ahora era una vaca marina que flotaba en el agua como un corcho. Luego le visitó su abuela, toda vestida de negro y con las espesas gafas que convertían sus ojos en dos lunas gigantes pegadas a una ventana. Y así pasaron frente a él otros familiares, amigos y gente diversa que había conocido a lo largo de sus largos días. La última de las visitas fue la de María Eugenia, que salió de debajo de las tablas del Pelicántropo como si hubiera estado esperando ese momento desde hacía muchos años. A Hermigio le costó reconocerla. Cuando lo hizo, no sintió nada especial, simplemente pensó: «¿Y esta qué hace aquí?». Y luego esperó a ver si le decía algo, pero María Eugenia calló y se dejó llevar por la brisa marina. Solo en el último instante, cuando la imagen de la muchacha era un leve hilo de humo, el

viejo creyó oír algo como: «Aguanta pichurrín», lo cual le puso de muy mal humor y lo sacó bruscamente de su alucinación.

El sol caía por un lado y, con su pericia astronómica, calculó dónde estaba el sur, su destino. Se creía perdido en mitad de los nueve océanos, alejado de toda posible salvación. Aun así, no se sentía ni triste ni angustiado, ni de ninguna otra manera. Ya ni siquiera tenía hambre. No le tenía miedo a la muerte, cada vez que alguien se la mentaba, solía decir con malos modales:

—Te mueres y te mueres, déjate de historias.

Y si el otro abría la boca, aunque no fuese para replicar, Hermigio remataba:

—No hay ningún cielo, si acaso existe un infierno al que van todos los idiotas y los cantamañanas.

Así que estaba preparado para lo que fuese porque nunca se había preparado de ningún modo. Nadie moría con orquesta y él no iba a ser una excepción. Lo que le llegó sin embargo fue lo contrario. Mientras miraba hacia el sur, vio una sartén flotando en mitad del mar. Cuando estuvo más cerca, comprendió que no era una sartén, pero obcecado en su visión, lo único que se le ocurrió fue preguntarse cuántas sartenes y cazuelas se podrían sacar de aquella bestia de metal que flotaba como si fuera de papel.

Al contrario que cualquier náufrago, no se puso a gritar y a dar manotazos en el aire. Simplemente se quedó sentado como si estuviese en la sala de espera del dentista, contuvo incluso un dolor de muelas que no sentía. De hecho, no sentía nada, tenía el cuerpo entumecido como

un corcho viejo. Lo sacaron del Pelicántropo de una pieza y lo dejaron sentado en la misma postura sobre la infinita cubierta del portaaviones que lo acababa de rescatar. Recobró poco a poco el sentido y se encontró rodeado de sujetos de mandíbulas anchas y piel colorada que le gritaban. Le pareció que hablaban el lenguaje de los monos, o al menos una lengua que se parecía mucho. Todos callaron y uno de ellos, el más viejo y el más sereno, se puso frente a él y le preguntó con voz gangosa:

—¿Juaryú?



6. LA REINA DE LOS SUEÑOS

DURMIÓ ENTRE UNAS horribles pesadillas que, a pesar de su insistencia, no lograron sacarlo del sueño. Ni monstruos ni abismos le daban miedo, así que ninguno se atrevió a pasarse por su imaginación. En su lugar, se veía vestido con traje y corbata tomando el té con una vieja que llevaba una ridícula corona y hablaba el mismo idioma que el capitán gangoso, lo cual no era un defecto de su habla, sino el acento propio de su lengua.

Lo resistió todo y despertó después de tres días totalmente recuperado. A su alrededor había un grupo de personajes tan peculiares que creyó que había caído en mitad de un manicomio. Uno de ellos se adelantó a presentarse como Flap Flinger, aventurero y escritor de aventuras y fantasías:

—Como todos los de aquí, yo iba en busca de ese nuevo mundo y sus novedades —dijo en un idioma comprensible con el mismo acento gangoso de la reina de los sueños. Era un hombrecillo con una enorme cabeza cubierta de un pelo pajizo que parecía estar pegado más que enraizado, su boca era un pozo negro y sus ojos un pozo blanco.

Otro sujeto permanecía apretado contra un rincón, miraba hacia ninguna parte con gesto sombrío y mascullaba cosas ininteligibles.

—Es un viejo capitán de barco —dijo Flap—. Sufrió un terrible naufragio cuyo recuerdo traumático no lo abandona jamás.

—Pobre hombre —susurró Hermigio con una dulzura inédita que hubiese enamorado a María Eugenia—. ¿Cómo fue? ¿Un abordaje pirata, un monstruo marino, la tormenta de todas las tormentas?

—No, manejaba un pesquero de anchoas en mitad de una tormenta normal y corriente mientras comía una manzana. Un pellejo de piel se le quedó prendido entre los dientes, con tanto desagrado para él que no pudo evitar soltar el timón para hurgárselos con un palillo que llevaba en la oreja. Justo entonces se alzó una inesperada ola de diez metros y volcó su barco.

—¿Y ese otro? —Hermigio señaló a un muchacho flaco que dormía colgado de una barra como un murciélago, su pelo negro y ondulado rozaba el suelo como las ramas de un sauce llorón.

Flap se encogió de hombros y cambió de tema. Se puso a contar que había hecho esto y lo otro y había estado aquí y allá. Hermigio, que aún estaba algo desubicado, no era capaz de prestarle atención, y cuando logró hacerlo sintió unas ganas enormes de darle un guantazo para que se callara. Pero no era un hombre violento, jamás había pegado a nadie, así que hizo lo que siempre hacía cuando se encontraba con gente insoportable: metió las manos en los bolsillos del pantalón, resopló y se puso a mirar para otro lado con los ojos entornados como un cazador de patos detrás de unos juncos. El otro no se dio por aludido y se

puso a hablar de unas novelas juveniles que había publicado con una prestigiosísima editorial.

—Son libros fantásticos —dijo con el gesto de «ya sabes», pero Hermigio lo miró con cara de no saber, que en realidad era cara de «vete a la porra»—. Libros de fantasía.

—Y eso, ¿cómo es? —bufó el viejo.

—Libros para soñar.

—¿Tan malos eran?

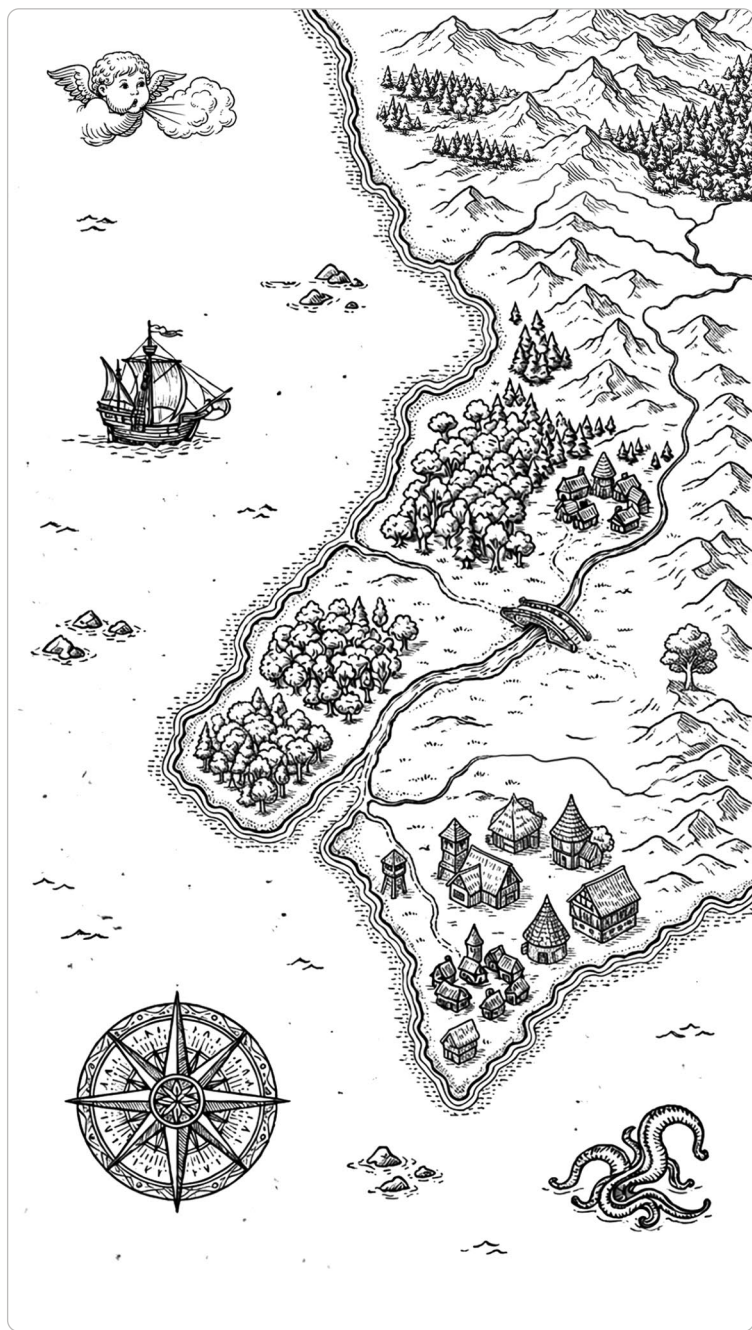
—¿Cómo?

—Hombre, si dan sueño, ¿no sería mejor que lo despertasen a uno?

Ante lo inesperado de la respuesta, Flap se aturulló entre la risa, la disculpa, la irritación y la explicación. Nada coherente salió de su boca, salvo un diente que por fin se asomó de aquel pozo para demostrar que alguno le quedaba. Y justo en ese momento, el joven murciélago abrió los ojos y dijo muy ufano:

—Yo soy Haroldo, Haroldo me llaman, Haroldo soy, Haroldo por aquí, Haroldo por allá... —y así continuó sin pararse ante la mirada amenazadora de Hermigio, que por primera vez en su vida pensó que no iba a tener más remedio que pegarle un guantazo a alguien.





7. CUATRO ALBÓNDIGAS

FINALMENTE, NO HUBO violencia en la celda que aquellos cuatro hombres compartían. Haroldo cerró la boca en el momento oportuno, justificó su extraño despertar con una incomprensible palabrería mística sobre la luz de la mañana, a pesar de que allí dentro no había ventanas que les dijeran si era de día o de noche, y se disculpó con una reverencia excesiva. Luego se puso una camiseta llena de agujeros, se ató los rizos a la nuca y se sentó para cortarse las uñas de los pies con las uñas de las manos, cosa que fascinó a Hermigio, que siempre había pensado que las uñas de los pies, por su cercanía al suelo, eran más duras que las de las manos.

Pronto quedó claro que todos estaban allí por similares motivos: habían intentado traspasar la barrera que la poderosa flota del imperio filipondio había puesto alrededor del celeberrimo continente emergido. Las razones de Hermigio y Flap ya eran conocidas, las del capitán atormentado imposibles de saber, si es que las tenía y no estaba allí por casualidad, y las de Haroldo las contó él en cuanto terminó de hacer una pelotilla con sus uñas recién cortadas.

—Yo voy allí porque voy allí —dijo con una sonrisa cristalina.

—Ibas —corrigió el viejo.

—Estoy yendo —insistió el joven.

Y así podían haber seguido hasta el infinito si no hubiese sido porque su escotilla se abrió y les arrojaron unos *tupperwares* con cuatro albóndigas cada uno y una barra de pan para compartir.

—¡Me encantan las albóndigas! —gritó Haroldo estúpidamente y Hermigio pensó que aquel encierro se le iba a hacer muy largo, cogió la barra de pan y la partió sin consideración. Al verlo, el capitán atormentado gritó de tal modo que todos creyeron que le estaba dando un ataque de algo tremendo.

—No hay manzanas aquí —trató de tranquilizarlo Flap.

—¡El pan hay que cortarlo con cuchillo! —gritó el capitán.

—¡Yo lo corto como me sale de las narices! —contestó Hermigio sin arredrarse.

—¡Animal!

—¡Seré un animal, pero no he perdido ningún barco por un pellejo de manzana!

El capitán no pudo resistirlo más y se lanzó sobre el viejo, que lo recibió con una llave defensiva de *kungfú* que había aprendido durante sus viajes por China. Antes de que pudiesen hacerse daño, Haroldo se metió en medio y logró separarlos, al menos físicamente, porque verbalmente se entabló una peculiar lucha de epítetos en la que uno le llamaba al otro bestia, troglodita, malcriado y zopenco, y este respondía con finolis, mequetrefe, mindundi y señorito.

Cuando se cansaron, aún estuvieron un rato mirándose amenazadoramente. Al final, ambos retrocedieron y se sentaron. El capitán volvió a sus murmuraciones como si nada hubiese sucedido. Haroldo se acercó a Hermigio y le susurró:

—Tiene usted razón, si algo se puede hacer con las manos, que se haga.

—A que sí, además te ahorras un utensilio —corroboró el otro jadeante y satisfecho de encontrar un apoyo.

—Aunque también es cierto que las manos pueden estar sucias.

—Y que nadie aquí tiene un cuchillo —el viejo estuvo a punto de gritar, pero se contuvo para no despertar nuevamente la ira de su enemigo, al cual creía ya loco perdido.

Comieron cada uno sus albóndigas, incluido el capitán, a quien la locura no le quitaba el hambre. El pan nadie lo tocó salvo Hermigio, que viendo el reparo de sus compañeros ni se paró a ofrecer y se despachó la barra entera. Era un pan rancio e insípido, pero tenía tanta hambre que le supo a gloria.

—Está buenísimo —dijo desafiante a quienes lo miraban. Sintió entonces que lo respetaban e inmediatamente pensó que tenía que encontrar una manera de salir de allí cuanto antes. No podía esperar a que lo mandasen de vuelta a su casa, además ni siquiera llevaba documentación de ningún tipo, no recordaba si se la había dejado en casa o se le había caído al mar. Se fue a dormir con mil planes de fuga en la cabeza, entonces se le acercó Flap y le dio una idea absurda que le pareció perfecta.

—Creo que antes no nos hemos entendido, tengo aquí el manuscrito de mi último libro. Léalo y verá cómo vuela su fantasía.

Hermigio se fijó en el legajo que se le ofrecía y lo agarró lentamente. Cuando el otro se apartó, comenzó a leerlo y comprobó que en efecto era un libro para soñar, porque se quedó dormido en la segunda página, aunque cuando se despertó no recordaba ningún sueño.



8. DESMEYONDACTILOFOBIA

—¡CARCELERO! —GRITÓ HERMIGIO golpeando la escotilla. Como nadie respondía, volvió a intentarlo. No estaba dispuesto a callarse hasta que se abriese aquel pedazo de hierro.

Después de media hora, se hizo una rendija de luz. Un hombre de cara cuadrada se asomó y se quedó mirando como si inspeccionase un cargamento de animales salvajes a los que llevan a un zoo.

—¿Hablas mi lengua?

—¿Qué quieres? —dijo el carcelero sin apenas rastro de acento gangoso.

—¿Cuándo nos vais a sacar de aquí? Soy un hombre viejo y me duelen los huesos. —Hermigio intentó que sus palabras sonasen convincentes, pero no fue capaz de acompañarlas de ningún gesto menesteroso, era un pésimo actor y su cuerpo se negaba a salir de su firme campechanía.

—Yo qué sé, el papeleo...

—¿Y no te aburres?

—A ti que te importa.

—¿Te gusta leer? —El otro lo miró alucinado—. Bueno, si te aburres y te gusta leer, mi amigo Flop Flunger, famosísimo escritor, tiene aquí nada menos que su

última obra inédita. Es un libro fantástico, quiero decir de fantasía.

—Ya tengo libros y miles de películas, no necesito esa basura. —El carcelero sacó un madero negro que le cabía en la palma de la mano.

—Tómalo de todos modos, los maderos estropean mucho la vista.

El hombre amagó con cerrar la escotilla, pero en un raptó de lucidez se percató de que si lo hacía sin más aquel viejo no iba a dejar de darle la lata. No perdía nada por coger aquel legajo, así que lo hizo y desapareció sin despedirse. No se dio cuenta, sin embargo, de que, en el último momento, Hermigio metió un pedazo de cartón en el filo que cerraba la plancha y dejó una ranura apenas perceptible.

—Siempre hay que llevar encima un cacho de cartón, nunca se sabe cuándo puede serte útil.

—Pero la escotilla sigue cerrada —puntualizó Flap.

El viejo lo miró con desdén y sacó un alambre que llevaba en otro bolsillo.

—Oh, cuántas cosas lleva este hombre en los bolsillos. ¡Es usted un mago! —exclamó Haroldo con un irritante tono teatral. Hermigio lo ignoró y se puso a doblar y redoblar el alambre. Cuando lo tuvo a su gusto, declaró que debían esperar a que el somnífero hiciese su efecto.

—¿Somnífero? ¿Qué somnífero? —preguntó el escritor ante la risa contenida de los demás, incluso en el capitán se dibujó una mueca que, por un momento apaciguó su imagen torturada.

Después de pocos minutos, Hermigio se levantó sin decir nada y en silencio manipuló la escotilla hasta que sonó un chasquido. La levantó y asomó la nariz, el carcelero dormía profundamente con el legajo fantástico entre las manos. Sin perder un minuto, y sin esperar la compañía de nadie, abrió del todo y salió sigilosamente. De reojo pudo ver como Haroldo y Flap lo seguían. El capitán loco se quedó donde estaba y el viejo no pudo evitar sentir pena por él, pero no había tiempo para lamentaciones.

Salieron al exterior y se encontraron, para su agrado, con una noche oscurísima. Solo se veían las luces que dibujaba la silueta del gigantesco portaaviones. Se movieron de bulto en bulto para ocultar su presencia y llegaron a la borda. Mientras avanzaban por ella, se dieron cuenta de que un molesto ruido los acompañaba. Era un chapoteo amortiguado y rítmico. Se detuvieron y el goteo se detuvo también. Hermigio y Flap se volvieron hacia Haroldo y este les respondió con una sonrisa perruna.

—Es que tengo desmeyondactilofobia —se excusó.

—¿Eso qué es? —exigió Hermigio en un conato de desprecio.

—Fobia a los dedos encarcelados. —El joven levantó un pie y mostró unas chanclas que se reducían a una suela de esparto con una cinta entre el dedo gordo y el de al lado—. No puedo encerrar los pies en un zapato, me da una angustia tremenda.

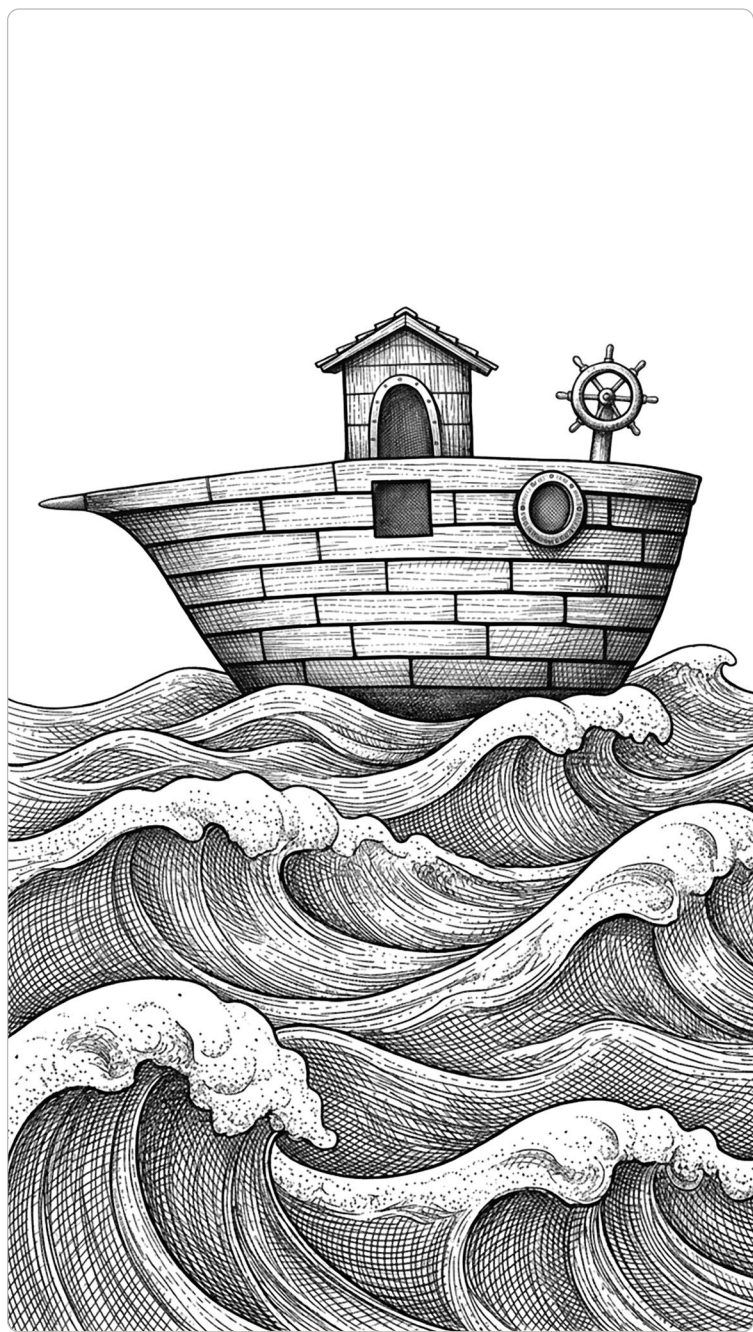
—Pues descálzate, estás haciendo un ruido insoportable.

—¿Tú no tienes ninguna fobia?

—Yo que voy a tener, eso son *milindreces*.

Haroldo no tuvo más remedio que obedecer y así pudieron avanzar en el más absoluto silencio, pero no por mucho tiempo. Flap, que había estado inusualmente callado desde su salida, se sentó lánguidamente en el suelo y se negó a continuar.





9. LA POSTURA DEL GLADIOLO

—SOY UN FRACASADO —comenzó a murmurar el escritor—. Mis libros no son para soñar, sino para dormir.

—¡Venga hombre!, pero si son milagrosos, menuda sies-ta me eché yo —intentó animarle Hermigio, pero consiguió justo lo contrario. Flap irrumpió en un llanto sordo y entrecortado del que de vez en cuando se elevaba un chillido ridículo. Para acompañarlo, Haroldo hizo una bocina con las manos y se puso a imitar el canto de un pájaro tropical.

— ¡Qué haces, idiota!

—Acompaño a este pobre hombre y disimulo sus llantos para que parezca que son de un pájaro.

—¿Qué pájaros va a haber en un portaaviones en mitad del océano?

—Pues el loro del capitán, por ejemplo.

Hermigio se estampó la palma de la mano contra el rostro en un gesto de desesperación. Haroldo se acercó al nuevo atormentado y le lanzó una mirada al viejo cuyo mensaje estaba claro: «Aprende a consolar a un hombre desconsolado, viejo tosco». Y este, que ciertamente no tenía ni idea de consolar a nadie, ni había estado nunca deprimido ni angustiado ni nada parecido, les dio la espalda y se puso a mirar a un mar que no se veía, pero cuyo oleaje zumbaba contra el hierro del casco.

—Yo sueño que estoy aquí destas prisiones cargado, y soñé que en otro estado más lisonjero me vi. ¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción, y el mayor bien es pequeño: que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.

El escritor, al verse relacionado con un clásico, cesó su llanto y miró con expectación al joven que le recitaba.

—¿Qué es la fantasía? Un chapuzón. ¿Qué es lo fantástico? Un empujón hacia un estado más alto en que mis pies liberados gritan de satisfacción.

—Eso es... —gimió Flap impresionado por aquellos versos improvisados.

—Amigo, ¿qué es el dormir sino el estado más alto del soñar? Tus libros llevan a ese mundo de chisporroteantes aventuras donde las caléndulas vuelan entre los sicomoros y las luciérnagas fuman en pipa. Mira, pon la postura del gladiolo y respira conmigo.

Los dos hombres, uno espejo del otro, pusieron los tobillos sobre las rodillas y el revés de las manos detrás de las caderas. Hermigio los miró de reojo y a punto estuvo de echarse a reír, y eso que no era de risa fácil.

—Bueno muchachos, mientras vosotros estáis ahí conectando con el cosmos, yo me voy a buscar mi barco y a echarme a la mar.

Nadie le respondió y él no los esperó. Como tenía una vista estupenda, no tardó en descubrir entre las lanchas militares las blanquecinas tablas de su Pelicántropo. Esperó a que unos soldados pasaran de largo y bajó hasta él para desatar los amarres. Gracias a su profundo conocimiento

de los nudos marineros, no tuvo problema. Lo que sí le costó fue bajar el barco a pulso y a punto estuvo de que cayera de golpe con el estruendo correspondiente. Cuando por fin logró posarlo mansamente sobre el agua, tuvo que pararse jadeante a tomar aliento, lo cual le fastidiaba porque tenía una imagen de sí mismo joven y varonil, y resistente a todas las penalidades habidas y por haber.

Al saltar por la borda, sin embargo, se reavivaron en él las ínfulas juveniles. Para algo tenía que servir la flexibilidad lentamente forjada y unos dedos fuertes capaces de agarrarse a unos tornillos que apenas sobresalían. El único percance fue que, para su disgusto, se le rajó la entrepierna del pantalón. Era un percance menor, desde luego, pero le disgustaba lo ridículo del mismo. Soltó el último cabo que lo mantenía atado a su prisión y dejó que el Pelicántropo se alejara lentamente. Mientras lo hacía, seguro de su intimidad, se paró a examinar si a través del jirón se le veía mucho el calzoncillo precisamente blanco. Entonces, una cabeza melnuda brotó de golpe de debajo de unos bultos y Hermigio cayó hacia atrás empujado por el mayor susto que se había llevado en su vida. Rebotó furiosamente y se lanzó sobre Haroldo, que le sonreía desde las sombras.

—¡Tú! ¡Maldito jipi, punki, yupi, jíster, yanqui o lo que seas!

—Nuestro querido amigo Flip Folgers no ha querido venir. Dice que eres un bruto sin sensibilidad, lo cual se demuestra por tu reacción, y que prefiere que lo repatrien a su patria, donde tiene previsto ingresar en un monasterio.

—¡Sí, soy un bruto! ¡Ya verás, ahora mismo te voy a lanzar por la borda para que te encierren a ti también en ese manicomio!

Pero obviamente no lo hizo y tuvo que aguantarse con la inesperada compañía con la esperanza de librarse de ella en el primer puerto.



10. PANCHINFÚ

HERMIGIO LO MIRABA con cara de pocos amigos y Haroldo respondía con cara de muchos amigos. Que aquel sujeto no se irritase nunca por nada era algo que irritaba profundamente al viejo.

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó Haroldo para romper el hielo.

—No.

—Bueno.

—Pero ¿tú fumas? —dijo el viejo después de un rato.

—¿Yo? No, ¿por qué?

—Me acabas de pedir un cigarro.

—Ah, sí. Era por curiosidad.

—Pues que sepas que a mí no me gustan esas curiosidades ni tus tonterías ni tus bromas. Las cosas hay que decir las claritas. Y si no te gusta, te vas. Este es mi barco y hay que respetar las normas.

—Tú crees en Dios, Hermigio.

—¿Eso a qué viene?

—Es que a mí Dios me interesa mucho. ¿Sabes que estuve en un seminario? Casi me hago cura.

—Entonces, ¿crees o no?

—¿Quieres la respuesta larga o la respuesta corta?

—¿No hay una respuesta intermedia?

—No.

—Pues la corta.

—No.

—¿No qué?

—¡Que no creo!

—Y la larga.

—No.

—¿Tampoco?

—¡Tampoco!

—Vaya, no crees ni en corto ni en largo, eres doblemente ateo.

—Y tú eres doblemente idiota.

En el silencio que se hizo, Hermigio tuvo que rumiar el remordimiento por su insulto, porque, aunque le gustaba mucho decir tacos, nunca insultaba en concreto sino en general. Podía llamar imbécil al género humano, pero ante cualquiera de cuerpo presente guardaba siempre un respeto.

—Además, ¿qué es eso de Dios?, ¿en qué se supone que tengo que creer? —dijo al fin a modo de disculpa.

—¿Era esta la respuesta larga?

—Más o menos. A ver, dime, ¿en un señor con barba que aparece entre las nubes?

—Claro que no, se trata de un principio cósmico, una voluntad trascendente...

—¿Y eso qué carajos es? Deja de decir sandeces.

Y así, entre preguntas metafísicas y chascarrillos ontoteológicos, aquellos dos hombres tan dispares que navegaban hacia un mundo desconocido fueron ganando

confianza. Aunque las confianzas que Haroldo se tomaba eran demasiado para el capitán del Pelicántropo, especialmente cuando el joven entraba en un trance místico en el que declaraba amor eterno a todas las criaturas. Al viejo, que no podía evitar la permanente impresión de que le estaban tomando el pelo, le molestaban tantas inconcreciones y tantas historias absurdas, tantas aventuras que apestaban a pura invención y tanto amor. Y más cuando creía poder probar con su propia experiencia que Haroldo no era más que un farsante que no había hecho ni la mitad de las cosas que decía haber hecho. Cuando el joven declaró solemnemente haber pasado un verano meditando en el antiquísimo templo tibetano de Panchinfú, a cinco mil metros de altura, Hermigio saltó como un resorte, porque él sí había estado en ese sitio y lo recordaba con pelos y señales.

—¿De qué color es la joya que tiene en su pecho la estatua del Buda central?

—No lo recuerdo —respondió Haroldo con total tranquilidad.

—¡Imposible! Muy mala memoria tienes que tener.

—Quizás se la habían quitado cuando fui yo.

—O quizás no has ido nunca.

—O quizás tú crees que has estado donde no has estado.

—O quizás tú eres un farsante.

—O quizás tú eres demasiado desconfiado.

—O quizás te caigas por la borda de mi barco.

—O quizás me vaya nadando.

—En estás aguas no sobrevivirías ni cinco minutos — contestó el viejo con un repentino tono sombrío y señaló unos pedazos blancos que se veían en el horizonte. Entre quizás y quizás, el viento los había llevado más al sur de lo esperado, muy lejos de la amenaza filipondia, pero también muy lejos de cualquier parte y demasiado cerca de un aire gélido que comenzaba ya a aterir sus huesos. Pero Hermigio tampoco le temía al frío, llevaba entre sus bultos un jersey de punto lleno de pelotillas y un licor que, según él, ponía a bailar a las momias.

—Esto es lana de oveja torunda, la oveja más lanuda de la tundra. Esquilada por mí mismo —dijo mientras ponían rumbo sureste ante las objeciones de Haroldo, que no tenía jersey y estaba convencido de que al continente se iba justo en sentido contrario.



11. PINGÜINOS Y MONOS

—¿IREMOS POR LA Antártida? —susurró Haroldo oculto bajo unas mantas viejas que, por casualidad, alguien se había dejado olvidadas entre las tablas del Pelicántropo.

—Así es, conozco la zona, hice un mapa del continente helado.

—¡Qué bien! Podremos ver osos polares.

—No hay osos polares en el polo sur, viven en el norte.

—Entonces, ¿qué vive allí?

—Pingüinos. De todos modos, aunque hubiese osos no te recomiendo acercarte a ellos, te pueden arrancar un brazo de un mordisco.

—Yo soy amigo de todos los animales.

—Los animales salvajes no tienen amigos, van a lo suyo. ¿Ves esta oreja?

—Una oreja colgajosa.

—Mira, le falta un cacho, me la mordió un mono.

—¿En la Antártida? No hay monos en la Antártida.

—¡No, en la Antártida no, estúpido, en Mozambique!

—¿No sería un pingüino?

—¿El qué?

—El que te mordió la oreja.

—¿Cómo me va a morder la oreja un pingüino?

Con el paso de los días, Hermigio se acostumbró a llamar a su compañero estúpido, bobo, idiota, atontado y otros sinónimos. Y como el aludido no se molestaba nunca, sino que más bien lo tomaba como una muestra de cariñosa y ruda campechanía, el insultador no se sentía mal y podía desahogarse a gusto. De este modo se acostumbraron el uno al otro, y también por la inevitable convivencia en aquel estrecho cascarón. Además, pronto quedó claro que ninguno tenía ni idea de dónde se encontraba el continente buscado, y esa desolación los unió aún más.

—Nadie sabe dónde está esa maldita tierra —murmuró el viejo en cierta ocasión.

—Lo saben todos los habitantes del mar, solo hay que preguntarles.

—¿Cómo?

—Recuerda que soy amigo de todos los animales.

—Si quieres, pescamos un pulpo y le preguntamos, que son muy listos —respondió Hermigio irónicamente.

—Los delfines también son muy listos.

—Sí, yo conocía una contraseña para llamarlos, pero la he olvidado. Además, los que hay por estas aguas tan frías quizás no sean tan comunicativos. Y encima no sé hablar su lengua, aunque la entiendo.

—Podemos intentarlo.

—Te he dicho que no me acuerdo —resopló Hermigio.

—Seguro que era una especie de baile. ¿Saltos, silbidos, muecas?

—Eran unos silbidos largos y cortos, y unas palmadas.

—¿Así?

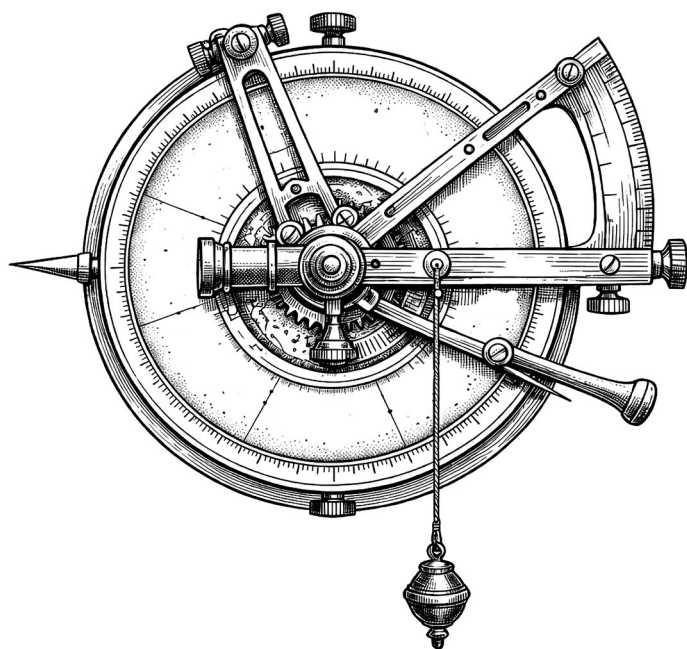
Haroldo se desembarazó de las mantas y se irguió sobre la proa, allí se puso a silbar y a dar palmadas caóticamente. Después de unos minutos, el viejo ya tenía ganas de darle un empujón y tirarlo al mar, pero se contuvo porque guardaba una íntima y molesta esperanza de que aquel loco acertase por casualidad. Y así fue. No tardó en aparecer un delfín que, con voz apremiante, les urgió a que declarasen su petición, hacía mucho frío en aquellas aguas y él los había oído mientras perseguía un banco de anchoas mucho más al norte.

—¡Queremos ir al continente emergido! —gritó Haroldo, pero este delfín no entendía la lengua humana, así que intentaron hacerse entender con gestos.

—Basta ya de pantomimas, me estoy muriendo de frío —les cortó bruscamente el animal acuático—. Supongo que lo que queréis es ir a esa nueva y a la vez vieja tierra que aparece y desaparece. Todos los humanos de estas aguas quieren ir allí. Nosotros tratamos de despistarlos, pero a vosotros os diré dónde está porque entendéis nuestra lengua. Os aviso, sin embargo, de que al pisar sus costas tendréis que pasar una terrible prueba. ¿Estáis dispuestos?

—¡Estamos dispuestos! —gritó Haroldo sin pensárselo, y Hermigio puso cara de «qué remedio», lo cual sí fue entendido por el delfín, que ordenó que lo siguieran y se sumergió con un chillido que les pareció una risa perversa.





12. LA BESTIA INMUNDA

AVANZARON RÁPIDAMENTE EMPUJADOS por un viento imprevisto. La advertencia del delfín los había sumido en un silencio tenso que ninguno se atrevió a romper. Hermigio se imaginó una lucha contra un gigantesco y horripilante monstruo marino. Haroldo sencillamente se echó una siesta. Cuando por fin se dibujó la costa a lo lejos, el viejo tuvo que despertarlo a empujones. Habían dejado atrás el frío polar y la tierra que tenían a la vista estaba coronada por una suave cadena montañosa de color verde esmeralda. El delfín se retiró y los dejó frente a una estrechísima cala flanqueada por rocas punzantes. Hermigio se alzó con un hierro retorcido entre las manos y exclamó:

—¡Aquí te espero, bestia inmunda!

—¿A qué bestia inmunda esperas? —le respondió Haroldo.

—A la que nos espera.

—¿Nos espera una bestia inmunda? ¿Por qué tienes tantos prejuicios? Quizás no sea tan inmunda.

—Qué sabrás tú de bestias inmundas.

El joven se encogió de hombros, se quitó toda la ropa y se tiró al agua, donde se quedó chapoteando como un turista en una piscina.

—¡Qué haces, loco! —le gritó Hermigio.

—Creo que no hay ninguna bestia inmundada.

—Entonces la prueba debe de ser otra.

—No hay ninguna prueba, ¿acaso no sabes que los delfines son unos bromistas?, ¿no reconociste su risa socarrona?

El viejo aún estuvo un tiempo sin terminar de admitir que le habían tomado el pelo. Bajaron hasta la playa y una sombra negra se posó sobre sus cabezas, era un pájaro muy extraño con un enorme pico cuadrado que huyó en cuanto se sintió apuntado. Vieron además una tortuga del tamaño de una palangana mediana y un cangrejo morado que andaba en diagonal. Cuando ya estaba claro que no había ninguna amenaza por los alrededores, Hermigio guardó su arpón y sacó su instrumental cartográfico.

—¿Qué es todo eso?

—Esto es un colopéndrolo —contestó el cartógrafo mostrando un muelle con un mango, y luego continuó con el resto— y esto un sextante, pescómetro, artimuesco, cartolabio, engranubrio, un lápiz y un cuaderno de dibujo, porque esto hay que hacerlo a mano alzada y fijándose bien en los acantilados, los árboles, los pájaros, los helechos si los hay, las flores, las ensenadas, las olas, los vientos y las gentes del lugar.

—¿Qué gentes?

—Esas que ves ahí.

Al otro extremo de la playa en la que habían armado su precario campamento, estaba mirándolos un hombre vestido solamente con un pantalón tejido con cáscaras de algún fruto que parecían plumas. Su piel no era ni muy oscura ni

muy clara, tampoco era alto ni bajo, flaco ni gordo, y la cabeza no se le veía porque la tenía cubierta por una especie de panal de abejas hueco con agujeros para mirar y respirar.

Hermigio se levantó muy ceremonioso y se puso a hablar en todos los idiomas que se le ocurrieron, e incluso en algunos que no existían con la absurda esperanza de que el azar le hiciese decir algo inteligible para quien lo escuchaba. El nativo no dijo nada, pero cuando el intruso hizo amago de acercarse, cogió una piedra, la lanzó con muy mala puntería y salió corriendo.

—Son muy hostiles, estos...

—¿Haroldianos? —completó el joven que, ante la mirada fulminante que se posó sobre él, tuvo que rectificar—. ¿Hermigonianos?

—¿De qué hablas?

—Algún nombre tendrá que tener esta tierra, y ya que nadie se lo ha puesto, que sepamos, he pensado que Haroldia estaría bien. Pero si prefieres que la llamemos Hermigonia, o Pitisa, Armunquia, Belagurria, Zalapondia...

—¡Deja de decir sandeces! Tendrá el nombre que le den los lugareños —zanjó Hermigio con solemnidad.

—Entonces habrá que ir a preguntarles.

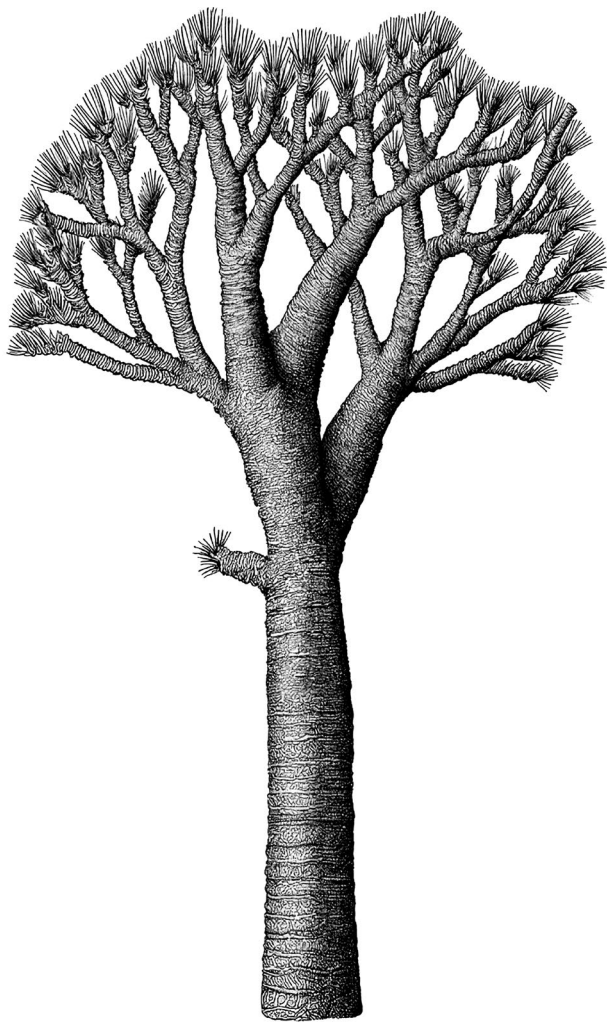
—No, mejor no molestarlos. Además, tenemos una misión.

—¿Tenemos?

Hermigio se enfureció internamente por el lapsus, ¿por qué había incluido a aquel sujeto en su misión? Un sujeto que, además, no tenía ni idea de cartografía ni pinta de querer aprender.

—Tengo —corrigió inmediatamente—. Tú puedes hacer lo que te dé la gana.

—Eso hago todo el rato.



13. RÁBANO POCHO

—MAÑANA MISMO ME pongo a navegar alrededor de la costa de este continente para dibujar su silueta —Hermigio remarcó la primera persona del singular—. Y más adelante haré alguna incursión para trazar los ríos principales y las montañas. Obviamente mi dibujo será muy somero, pero con imaginación y buen gusto se puede rellenar cualquier mapa para que parezca que has visitado cada rincón. Será toda una aventura.

—¡Sí señor! —exclamó Haroldo con un entusiasmo repentino—. Toda una aventura. Tus nietos estarán encantados cuando se la cuentes.

—No tengo nietos.

—¿Sobrinos?

—No tengo nada ni hay nada que contarle a nadie —contestó el viejo algo malhumorado—. He venido a hacer lo que he venido a hacer y punto.

—¿Y qué has venido a hacer?

—¡Tengo que explicártelo otra vez!

—Por supuesto.

—¡Pues lo que he venido a hacer! Y tú ¿a qué has venido?

—Yo he venido porque he venido, pero si quieres vengo a otra cosa y te ayudo con lo que sea que hayas venido a hacer.

—Tú no sabes hacer nada en concreto, nada más que estar ahí pensando en majaderías.

—Muy bien, entonces me iré por donde he venido.

—Haroldo echó a andar hacia el interior y se perdió en el bosque ante la atónita mirada de Hermigio, quien una vez libre de su compañía no se paró en nostalgias y decidió que, lo que se podía dejar para mañana, podía empezarse ya mismo. Cogió su cuaderno y su lápiz, se metió hasta la rodilla en el agua sin quitarse las alpargatas y dibujó, a modo de boceto, la silueta de la costa y algunas nubecillas. Luego empujó su barco hasta que lo tuvo flotando e inició la travesía alrededor de aquel continente sin nombre.

A medida que avanzaba, iba midiendo con su instrumental la posición, y así situó en el papel las primeras líneas del litoral. Una vez trazada una parte, se paraba y copiaba las formas en tres dimensiones, los árboles y las rocas, y luego anotaba los detalles que se le ocurrían para embellecer más tarde su obra, por ejemplo: «Poner un cocotero», a pesar de que no había cocoteros a la vista, «tres delfines australes saltando», o «la cola de un monstruo marino», en recuerdo de su gran prueba frustrada.

Así estuvo entretenido hasta el comienzo del atardecer, y como no tenía linterna para seguir, decidió volver a la playa más cercana para descansar. Cuando se acercaba, vio que alguien lo estaba esperando. Eran tres personas, a la del medio la reconoció enseguida por su melena desbaratada, el de la derecha era un nativo sin panal en la cabeza y a la izquierda estaba una mujer gordísima, tan gorda que

no pudo dejar de imaginar qué fastuosos manjares habría en aquella isla.

Antes de aproximarse, se puso en guardia. A pesar de su mala puntería, los nativos quizás dominasen poderosas artes ocultas, aunque para capturar a Haroldo no hacía falta más poder que una invitación. Sin embargo, cuando los tuvo cerca, se percató de que el joven no estaba en absoluto preso, sino que conversaba amigablemente con quienes lo acompañaban.

—¿En qué lengua habláis? —preguntó sorprendido.

—En la suya —respondió Haroldo—. Resulta que tengo un enorme talento para los idiomas y en solo una tarde ya chapurreo este.

El viejo lo miró desconfiado. Tal cosa le parecía imposible y el joven, viendo sus dudas, decidió demostrarle que no lo era:

—Ya verás, voy a decirle a esta señora que se toque la punta de la nariz con el meñique izquierdo: *maji polo espisco lo canuju*.

Y la mujer, como si fuera un autómata al que le aprietan un botón, hizo lo que se le pedía.

—Y ahora, le diré a él que se tire de la oreja izquierda con la mano derecha: *uru jal poli meju estijo*.

Y el hombre hizo lo propio. Una vez acabadas las demostraciones, Haroldo presentó a su amigo Yuja y su amiga Peju.

—Y este es mi amigo Hermigio —dijo solemnemente señalando al viejo cartógrafo; ante lo cual, Yuja y Peju se echaron a reír con la boca muy abierta.

—¿De qué se ríen? —El viejo estuvo a punto de completar su pregunta con un «estos idiotas», pero se contuvo en el último instante.

—En su idioma, tu nombre significa «rábano pocho».



14. UNGÜENTOS CONTRA LOS BICHOS

EN EFECTO, EN el idioma continental, Hermigio sonaba igual que *Ermi jio*, cuyo significado exacto, teniendo en cuenta las inflexiones, los acentos y los ritmos, era: «Rábano pocho recogido en luna llena de fin de año y que sirve para hacer ungüentos contra los bichos». Por su parte, Haroldo sonaba como *Aro oldo*, cuyo significado era «zanahoria portentosa».

—¿Qué pasa, que aquí todo tiene nombre de hortaliza?
—protestó el viejo.

—Sí, esta tierra es enormemente rica en hortalizas, las hay de muchas clases, incluso algunas desconocidas para nosotros, y les ponen muchos nombres. Por ejemplo, tienen cuarenta y siete palabras para decir alcachofa.

—Eso es mentira.

—Alcachofa con tierra: *ojri*. Alcachofa en el agua: *ojru*. Alcachofa de montaña: *jojri*. Alcachofa cortada: *ojriri*. Alcachofa masticada: *ojripu*.

—Vale ya —interrumpió bruscamente el viejo—. Y el continente en sí, ¿cómo se llama?

—No tiene nombre. Cuando quieren referirse a él, hacen esto —Haroldo hizo un gesto distraído con su mano como si señalase algo sin importancia.

—Me parece todo estupendo. —Hermigio se subió los pantalones, que se le estaban cayendo por la humedad y los kilos perdidos por las penurias del viaje y, con gesto altanero, terminó por declarar que se iba a dormir allí mismo. Haroldo podía irse de fiesta con los nativos si quería, él continuaría su labor al día siguiente y en paz.

—Paz es precisamente lo que no hay —contestó el joven con un repentino tono sombrío. Los lugareños lo imitaron y retorcieron el rostro como si les doliese una muela.

—¿Estáis en guerra?

—El continente se hunde.

Ante aquella terrible noticia, Hermigio no supo qué decir. Muy serio, se llevó la mano a la cabeza para quitarse la gorra y se dio cuenta de que no la llevaba. Para no parecer idiota, quiso hacer algo con la mano que tenía sobre la calva, se la rascó y sintió algo clavado en la piel. De repente, la terrible noticia desapareció sustituida por el susto que le causó el bicho negro y gordo como una alubia que se acababa de arrancar. Al verlo, los nativos cambiaron la cara de dolor de muelas por la de susto y se pusieron a hacer aspavientos y a gritar.

—¡¿Qué pasa?! —gritó a su vez el viejo.

—¡Ñuji cruji! ¡Ñuji cruji!

—¡¿Qué dicen?! —

—¡Chupador de ideas! —aclaró Haroldo también a gritos.

Y Hermigio, harto de gritos por un simple bicho, les gritó a todos que dejaran de gritar.

—*Ermijio* —susurró la mujer asustada por los modales del viejo.

—¿Qué? —respondió el que se creyó interpelado, pero no lo estaban llamando por su nombre, sino reclamando el sentido de este en la lengua autóctona: rábano pocho para hacer ungüentos contra bichos y que era urgente aplicarle antes de que se quedase tonto.

—He pasado la malaria, el tifus y la fiebre amarilla. Estoy inmunizado contra todo.

—Para esto no hay inmunidad que valga —dijo Haroldo con un tono dramático que irritó al infectado—. El Ñuji cruji te inyecta un veneno espiritual que poco a poco se come tus ideas. Al final, te conviertes en un *paruju*, una especie de zombi al que todo le da igual, no opina de nada ni tiene ideas de ningún tipo.

—Todo eso me parecen tonterías —protestó el viejo, que por precaución había ya decidido no rechazar el ungüento que le querían untar.

Por fortuna, Peju llevaba en su pequeña bolsa una cajita con forma de concha en la que guardaba un poco del remedio contra el chupador de ideas. Cuando se agachó a por él, Hermigio notó que, en el fondo de su densa melena negra, llevaba un pedazo de tela también negra, sin duda una protección contra el bicho.

—¿Qué opinas de la revolución proletaria? —preguntó Haroldo de repente.

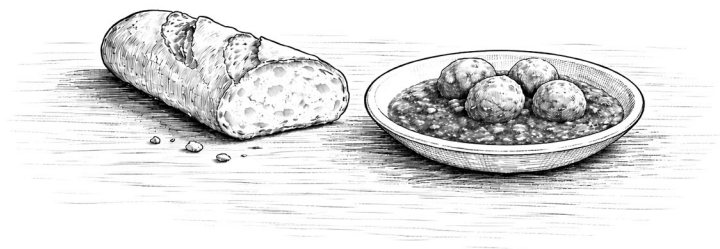
—¿Eso a qué viene?

—¡La explotación del hombre por el hombre!

—Explotación la de mi cabeza, que va a explotar como me sigas preguntando cosas que me importan un pimiento.

—¡Rápido! —urgió el joven—. ¡Todo le da igual!

Peju se acercó con una hoja untada de una pasta amarillenta. Hermigio agachó la cabeza y se dejó hacer. Sintió un frescor en el cogote y perdió el conocimiento.



15. LA SUERTE DEL PARUJU

CUANDO DESPERTÓ, SE encontró bajo un techo de ramas entre las que se filtraban pequeñas briznas de sol. No sabía dónde estaba ni por qué. Su mente estaba toda llena de la percepción de aquel techo. Entonces, recordó el percance del día anterior y, asustado, intentó recordar quién era. Porque él, fuese quien fuese, tenía muchas opiniones e ideas interesantes. ¿La revolución proletaria? Le parecía estupenda, por supuesto, ¿o le parecía mal? La verdad es que estaba confuso y no recordaba cuál era su opinión al respecto, si es que la tenía o la había tenido. Cuando se espabiló y se puso en pie, recobró poco a poco el dominio y el recuerdo de sí, y llegó a la conclusión de que eso del paruju y del chupador de ideas era una superstición absurda. Se recreó en la palabra «superstición» para demostrarse a sí mismo que tenía una opinión muy racional y muy fundada en ideas intelectuales sofisticadas.

Se puso los pantalones, que no recordaba haberse quitado, y salió a la calle, no sin antes comprobar que alguien había tenido el detalle de transportar su mochila con el instrumental cartográfico hasta la choza. Afuera había un camino rodeado de arbustos y un nativo desnudo sentado en una piedra.

—Qué hay —dijo Hermigio sin acordarse de que su idioma era incomprensible para el otro, que se encogió de hombros y dobló el labio inferior para hacer el gesto universal de no saber.

Ignoró la ignorancia del hombre y echó a andar por el camino. No encontró nada y se dio la vuelta. Pasó de nuevo por la choza y vio que el lugareño desnudo seguía en el mismo sitio con una cara de idiota que le resultó inquietante. El otro lado del camino bajaba hacia la playa. Mientras se acercaba, se sintió con fuerzas y pensó que lo mejor que podía hacer era recoger sus cacharros de hacer mapas y retomar su misión. No le gustaba dejar las cosas a medias y tampoco parecía que el continente se estuviese hundiendo. Aquella tierra era muy firme. Pasó junto a unos árboles de tronco negro y se paró a observar sus extraños frutos, eran como caras peludas del tamaño de un puño, ¿serían comestibles? La pregunta le dio hambre, pero no tanto como para intentar responderla. Por lo demás, todo estaba en calma, el aire era liviano y puro, la temperatura muy agradable. Sin duda, aquella era una tierra benigna, hermosa y fértil. Justo cuando se solazaba en aquel pensamiento, un estruendo destrozó la armonía. La tierra tembló y una lengua de fuego se elevó desde algún lugar en el interior.

Volvió corriendo a la choza y el hombre desnudo seguía allí, en la misma postura y con la misma cara de idiota, como si para él no estuviese sucediendo nada. Vio venir a Haroldo y a unos cuantos nativos, entre los que estaban Yuja y Peju. Lo llamaron con gestos desde un alto y

Hermigio recogió apresuradamente su mochila. Antes de echar a correr, volvió a cruzarse con el nativo, que seguía sentado con la misma cara mientras comenzaba a caer a su alrededor una nube de ceniza. Cuando llegó a donde lo esperaban, señaló hacia él.

—Déjalo, es un paruju, no le pasará nada —dijo Haroldo—. A los parujus nunca les pasa nada, tienen mucha suerte.

No tardaron en llegar a una gran cueva cuya entrada, oculta entre peñas y matorrales, miraba hacia el mar a salvo de la lluvia volcánica. Al fondo, mecido por una luz cálida, se veía la silueta de un extraño personaje. ¿Era un hombre con cabeza de pájaro o un pájaro con cuerpo de hombre? Supuso que aquel debía de ser el chamán o mago de aquella gente y decidió no acercarse, no porque creyese en brujerías, sino porque seguramente tendría una guardia bien dispuesta a su alrededor.

Haroldo, que vestía los pantalones típicos de hojas de árbol y parecía la mar de integrado entre aquella gente, lo invitó a sentarse. El joven se sentó a su vez junto a una muchacha que, como todos los de su pueblo, no era ni muy blanca ni muy negra, pero tenía unas mejillas coloradas y unas cejas arqueadas que enmarcaban unos ojos verdes muy poco comunes entre los otros. Hermigio, haciendo gala de su séptimo sentido, captó enseguida lo que sucedía. Se arrimó a Haroldo y le dio un sutil codazo.

—¿Te gusta la muchacha, ¿eh? Bribón. —Haroldo, muy tieso, había perdido su habitual desparpajo y parecía incluso avergonzado. El viejo continuó sus chanzas sin

preocuparse de que le oyeran—. Me parece bien. A tu edad yo, a tu edad yo... —Y se paró entonces porque no sabía muy bien lo que él hacía a la edad que le suponía a Haroldo. Fuera lo que fuese, no era ir seduciendo pueblerinas. Porque, aparte de María Eugenia, cuya peculiar historia la concebía fuera del espacio y el tiempo, se había dedicado más que nada a la exploración material de la geografía terráquea. Se fijó entonces en las viandas que tenía a los pies y vio el fruto peludo con cara de humano. Estaba partido y entre los hemisferios se veía la cara de otra persona, un garbanzo mofletudo con nariz ganchuda. No lo dudó y se lo comió.



16. EL HOMBRE PÁJARO-HOMBRE

RESULTÓ QUE EL fruto se llamaba *truju*, y estaba muy rico. Y la muchacha que tenía embelesado a Haroldo, Majúa, cuyo significado era: «Luz del atardecer sobre la cima de la montaña en un día de primavera».

Después del breve manjar, todos se giraron hacia el hombre con cabeza de pájaro, la cual no era más que una máscara gruesa y peluda como la de un teleñeco, al que llamaban *Agritu*, que quería decir: «Maestro papagayo interplanetario de garras diamantinas», que manejaba un bastón de bronce llamado *Jrusu*, que también significaba una cosa larguísima: «Diente de la ballena dorada que sostiene el mundo». A Hermigio le dio por pensar cuántos planetas conocería aquella gente, y luego no pudo dejar de admirar su capacidad de síntesis, si es que era real la traducción de sus nombres y Haroldo no se la estaba inventando. El joven había cambiado sus modales extravagantes por la pose de un refinado príncipe de tierras lejanas, una actitud bastante ridícula, a juicio del viejo, para quien la espontaneidad era siempre lo mejor para todo. Por eso no le gustaba mucho el ambiente de la cueva. Todo era un gran teatro dirigido por una fuerza invisible. El Agritu se movía con una danza estúpida y cacareaba; es decir, imitaba una gallina, y los otros respondían a sus señales como los

feligreses en una misa. Entre cacareo y cacareo, decía palabras sueltas que, traducidas por Haroldo, compusieron el siguiente relato:

«La montaña del señor Tutitu tiene dolor de barriga. El señor Tutitu ha comido algo en mal estado. Los dones de la última primavera, el boniato, la acelga y el conejo saltarán, huyeron por la corriente nueva. Por allá los extraños llegan con sombreros en los pies y traen silbatos molestos. Andan desperdigados en el *kali-kulu* y saltan sobre el ombligo del señor Tutitu. Él mismo ha volado en piel de lagarto hasta las lagunas del ojo y los ha visto emponzoñándolas. Como carecen de espíritu, no ha podido matarlos y no sabe cortar cabezas. Es necesario un cortador de cabezas venido de otro planeta para que los expulse. Y ese cortador de cabezas está aquí: ¡*Ermijio*!».

Y todos se giraron hacia Hermigio. Este, al que aquel relato le había sonado a cosa disparatada y sin sentido, comprendió sin embargo el sentido de lo que se esperaba de él: tenía que cortar la cabeza a alguien. Haroldo aclaró aún más sus dudas al explicarle que los nativos habían tomado su instrumental cartográfico por instrumental para decapitar, porque lo de cortar cabezas no era una metáfora de cortar el pelo. Querían que, literalmente, decapitase a alguien.

—Esta gente está loca —murmuró el viejo.

—Todo esto fue profetizado hace mucho tiempo —advirtió Haroldo, que luego se puso a recitar con acento de gallina la supuesta profecía—: «Cuando tiemble el señor Tutitu, la ballena se marchará hambrienta al fondo del

abismo y las puertas del *kali-kulu* se abrirán. Entrarán por ellas los *mugruti* y el sanado de paruju gris turbulento que los decapitará y se comerá sus cabezas».

—Vaya hombre, no solo tengo que cortar cabezas, también tengo que comérmelas.

—No, eso no, bueno, no sé, a lo mejor un poquito...

—¡A la porra! Yo me voy.

—No puedes irte.

—¿Cómo que no?

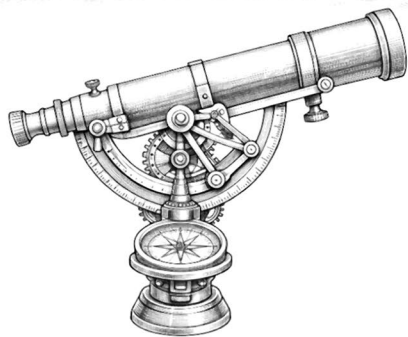
—No te dejarán. Si intentas huir, te cortarán la cabeza.

—Si me cortan la cabeza, ¿quién le cortará la cabeza a ese al que hay que cortarle la cabeza?

Ante semejante argumento, Haroldo se quedó mudo, lo cual dejó también mudos a todos los nativos, excepto al hombre pájaro que, sobre aquel silencio, se puso a cacarear muy bajito como si estuviese poniendo un huevo.

—Entonces el continente se hundirá —fue la sentencia.





17. PIENSO, LUEGO TENGO CABEZA

SI EL CONTINENTE SE HUNDÍA, pensó Hermigio, no iba a ser porque a una ballena le diese por irse a comer, o porque alguien conservase su cabeza en contra de los dolores de barriga de un señor volcán. Además, el hecho de que el volcán se hubiese puesto a escupir justo cuando llegaba gente de otros «planetas» no era más que una puñetera casualidad. Pero ¿cómo convencer a los nativos de la absurdidad de sus razones? Hermigio se apartó a meditar en un rincón. Allí se tocó la cabeza y comprobó aliviado que aún la tenía. Después de tanta charla acerca de cortarlas, había temido que la suya no estuviese ya en su lugar. Luego pensó que, si pensaba, es que aún tenía cabeza, porque ¿acaso era posible pensar sin ella como los pollos que corren tras su pérdida? Desde luego, él no iba a cortársela a nadie. Ni se creía capaz ni tenía herramientas para ello. Como mucho, quizás lograrse hacer una manicura con el artimuesco. Lo mejor era ir a parlamentar con el Agritu, porque las cosas había que hablarlas cara a cara y dejarse de cacareos. Cuando le contó su plan, Haroldo puso cara de estar chupando un limón.

—No es buena idea —dijo sin cambiar el gesto.

—Es la única idea. No pienso cortar ninguna cabeza si no se me dan poderosas razones.

Finalmente, después de consultarlo, Haroldo volvió con la noticia de que le concedían audiencia con el Agritu.

—Pero es muy importante que lo trates de «i» —el joven pronunció la vocal con un tono saltarín bastante ridículo.

—¿De «i»? ¿Cómo que de «i»? —La vocal de Hermigio fue, sin embargo, mucho más distendida, abierta, incluso rústica, ante lo cual Haroldo se escandalizó.

—Tienes que pronunciar correctamente. Tu «i» significa «orejas de pie», que es un insulto gravísimo, mientras que mi «i» es el título para dirigirse al Agritu, y significa «sembrador de tubérculos».

Y siguió pronunciando *ies* para dejar bien claro que, con leves variaciones, uno podía decir cosas muy distintas, como «mecedora», «gotera sin lluvia» o «comadreja hormiguera».

—Está bien —contestó Hermigio decidido ya a pasar por aquel trance. Se dejó llevar ante el «sembrador de tubérculos». Sus guardianes, hombres obesos armados con escobas, lo vigilaban con gesto poco amistoso. El gesto del pájaro no era posible saberlo porque seguía cubierto por su aparatosa máscara, cuyos colores chillones resaltaban vistos de cerca.

Allí, ante toda aquella gente extraña, a Hermigio lo invadió la sensación de que no iba a ser capaz de decir «i» correctamente. No es que careciese de las facultades motoras apropiadas, o que le diese vergüenza, sino que el acto sobrepasaba los límites de su quijotesca campechanía, de su orgullo plano y antiaristocrático, de su asco por los ridículos protocolos que obligaban a las reverencias y a llamar

a un sujeto cualquiera, por el mero hecho de ir disfrazado de papagayo, «alteza serenísima» o «sembrador de tubérculos». Y debió de haber pensado esto último en voz alta porque, de su boca amarillenta y gruesa, salió un prístino «¡» que pareció haber sido cantado en *playback*.

Se hizo un silencio de varios segundos y el Agritu cacareó.

—Habla ahora, rábano de las estrellas dislocadas —tra-
dujo Haroldo.

—Pienso que lo de cortar cabezas no es una cosa conveniente —dijo con su voz verdadera y sin más rodeos—. Es difícil, inútil y mancha mucho. Yo nunca lo he hecho y no me creo capaz. Además, vuestro problema no se solucionará con ello.

—¿Y cómo se solucionará? —cacareó el pájaro por boca de Haroldo.

—Las montañas de fuego duran unos días y luego se apagan. No tenéis más que esperar en vuestro refugio.

—¿Acaso estás sugiriendo que la cabra ha balado des-
honestamente?

—Nunca he hablado con ninguna cabra ni creo que se pueda.

—Si no sabes hablar con las cabras, ¿cómo te atreves a dudar de las profecías?

Hermigio se vio atrapado por una lógica que se le escapaba. Aquella gente ponía los balidos de una cabra como argumento de autoridad. No había nada que hacer.

—Yo no dudo ni dejo de dudar, solo digo que no puedo decapitar a nadie. ¿No tenéis a alguien entre vosotros que

pueda hacerlo? —sugirió pensando que, si aquella gente tenía tanto empeño en cortar cabezas, es que tendrían alguna experiencia en ello. Pero resultó que no, nadie allí había hecho nunca nada semejante. Carecían de armas afiladas y se defendían de los depredadores con palos redondos. Y resultó además, al menos así lo entendió el viejo después de que le hablaran de una señora que caminaba haciendo el pino y se entendía con los animales, que su destino era cortar la cabeza a alguien, y que ese destino estaba ya escrito y se iba a cumplir le gustase o no, pudiese o no, o quisiese o no. Y cuando preguntó quién era ese al que tenía que cortar la cabeza, le dieron la siguiente descripción que se lo dejó todo muy claro: «El invasor que pisa las flores, se disfraza de urraca de las praderas y está marcado con setecientos setenta y siete lunares».



18. EN BUSCA DE UN PALO

CÓMO NO DISTINGUIR, al primer vistazo, a alguien con setecientos setenta y siete lunares, y más si va por ahí pisan-do flores vestido de urraca. Todo aquello era una locura, concluyó Hermigio. O, más bien, lo parecía visto desde su plomiza y poco fantasiosa racionalidad. Lo del señor Tutitu estaba bien para contar cuentos, pero que se lo creyeran era el colmo del delirio. Aunque ¿acaso no había gente en todo tiempo y lugar, vecinos suyos incluso, que creían a su manera en señores tutitus a los que se aplacaba cortando cabezas?

Lo que le aliviaba era la evidente mansedumbre de los nativos, lo cual hacía que su inmediato plan —regresar al Pelicántropo, rodear el continente, hacer su mapa y marcharse— no le pareciese muy difícil. En un destino escrito no creía, desde luego, y de haberlo, no creía que nadie pudiese leerlo, lo cual equivalía a su inexistencia. Con estas reflexiones se animó hasta que llegó a la playa. En el suelo había un finísimo velo de ceniza, pero todo lo demás estaba en calma. Del volcán aún salía algo de humo, pero era muy claro, como las bocanadas de un fumador gigantesco.

A lo lejos vio su barco varado en la marea baja. En un par de horas tendría agua suficiente bajo sus tablas como para flotar de nuevo. Cuando estuvo junto a él, se paró

a mirar alrededor y vio, oculta en la arboleda interior, la melena de Haroldo. Sin duda iría acompañado de unos cuantos nativos mucho más hábiles en el arte de ocultarse. Decidió ignorarlos y se dispuso para la marcha. Subió sus útiles a bordo, hizo sus necesidades discretamente tapado por el casco y se preparó para la navegación.

No tardó en alejarse de la playa favorecido por una suave corriente que lo llevaba alrededor del continente. Al principio, los nativos lo siguieron por la costa saltando de roca en roca, hasta que se cansaron de esconderse y luego de seguirlo. Él no perdió el tiempo y se afanó en trazar, ayudado por sus instrumentos de posicionamiento, la forma del litoral. Tan absorto estuvo por el trabajo que no se dio cuenta de que sus pies se iban sumergiendo poco a poco en el agua. Cuando miró, esta le llegaba hasta los tobillos. Levantó el pie izquierdo y vio un agujero perfectamente redondo que justo entonces, liberado del tapón de su suela, comenzó a meter agua a borbotones. Entre maldiciones, llevó trabajosamente el barco hasta una estrecha ensenada pedregosa y evaluó el sabotaje.

—¡Malditos salvajes! —gritó enfurecido seguro de que alguien lo escuchaba oculto entre la maleza—. ¡Os creéis que con esta birria de agujero me vais a detener!

Y echó a andar hacia el interior en busca de un palo con el que tapar la fuga. A su paso, los pájaros y las lagartijas echaban a volar asustados por su ira, la cual se magnificó porque justo en aquella zona no había árboles, tan solo unos arbustos espinosos de ramas raquíticas. Se adentró hasta un prado salpicado de florecillas blancas. Dirigió la

mirada al fondo en busca de árboles y se encontró con un individuo que venía hacia él con una mano en alto y una sonrisa exagerada en un rostro ancho y colorado. Iba descalzo y vestía algo parecido a un esmoquin blanco y negro. Hermigio se fijó en que pisaba las flores sin consideración, incluso con gusto, y aquello le horrorizó.

—¿Habla usted mi idioma? —dijo el desconocido.

El viejo se quedó pasmado ante la aparición. Allí, justo frente a él, estaba la urraca pisaflores. Estuvo tentado de preguntarle cuántos lunares tenía, que seguro eran muchísimos porque se le veían algunos en el cuello y en la cara.

—¿Duyú espiquinglis? ¿Parlevú fransé?

—¿De dónde has salido tú?

—Es una larga historia, ¿y usted?

—Yo... yo... estoy buscando un palo.



19. UNA LARGA HISTORIA

PARA AQUEL SUJETO, todo era una larga historia. ¿Por qué iba vestido de aquella manera? Era una larga historia. ¿Por qué iba descalzo? También era una larga historia. Pero las historias, pensó Hermigio, son largas dependiendo desde dónde se comiencen.

—Si yo empiezo a contar mi búsqueda de un palo desde el día en que nací, entonces también es una larga historia —replicó groseramente.

—¿Está usted buscando un palo en serio?

—Sí, ¿qué pasa?

—Quiero decir, ¿ha venido usted hasta este continente para buscar un palo?

—A ti que te importa lo que haya venido a hacer, estoy buscando un palo y punto.

—¿Tan valiosos son aquí los palos?

Hermigio miró al desconocido con los ojos entornados y enseguida ató cabos. Había visto a lo largo de su vida a muchos como aquel. Ahora sabía que sus historias no serían ni cortas ni largas, sino tan cortas o tan largas como quisiese inventárselas, porque no era más que un embaucador, un truhan, un vendehúmos. Cómo había llegado hasta allí le daba exactamente igual, él iba a seguir buscando su palo.

—Espere buen hombre —dijo la urraca cuando el viejo hizo ademán de alejarse—. Intuyo que ambos estamos algo perdidos, sería buena idea que nos ayudásemos mutuamente.

—¿Tú me ves perdido?

—Hombre... —El desconocido infló los mofletes como si contuviese en ellos la evidencia. Y cuando los desinfló, hizo su propuesta—: yo le ayudo a buscar su palo y usted me ayuda a sobrevivir. Es un trato justo, ¿no?

«Si supieses —pensó Hermigio— que tarde o temprano te cortaré la cabeza, no buscarías mi ayuda».

—Haz lo que quieras —dijo finalmente.

El hombre echó a correr y volvió en un minuto con un ramo de palos de todos los grosores. El viejo los examinó de mala gana y, cuando tuvo los adecuados, volvió hasta el barco con el otro detrás.

—Hermoso barco —dijo este paseando las manos por las tablas enmohecidas—. Se nota que es usted un viejo lobo de mar, un aventurero, un valiente que va en busca de nuevas tierras, un héroe de novelas antiguas. Seguro que ya le han ofrecido hacer una película sobre su vida, pero usted lo ha rechazado porque es muy modesto, o juzga que aún no es el momento...

—Cállate de una puñetera vez —interrumpió entre dientes el viejo, a quien aquella verborrea le resultaba irritante y lo distraía de su bricolaje.

—Me gusta tu carácter, ¿cómo te llamas? —Hermigio alzó la mirada y traspasó al desconocido, que no perdió sin embargo la sonrisa—. Yo soy Óliver Macpóstinger y

¿qué hago aquí? Bueno... ja, ja... la verdad es que es una larga historia, pero ahora tengo hambre. ¿No tienes nada de comer?

—Coge un palo hazte un arpón y vete a pescar.

—No sé si sabría hacerlo, hace mucho que no pesco. Fui una vez con mi abuelo, allá en Dakota, pero es una larga historia.

Así, entre largas historias, el anochecer los sorprendió y Hermigio tuvo que dejar su tarea para cuando volviese la luz. A falta de comida, Macpóstinger sacó una petaca y se echó un trago espasmódico para luego ofrecerla.

—¿Qué es eso? —preguntó el viejo con desconfianza.

—Ron pirata. No es comida, pero engaña el hambre.

—No bebo.

—Además eres un hombre sano, qué envidia me das. —Macpóstinger sacó entonces una baraja y se puso a mezclarla con una habilidad sospechosa—. ¿Una partidita? Esto también engaña al hambre.

—No juego —mintió Hermigio ya seguro de lo que era aquel sujeto.

—Haces bien. Déjame entonces que te haga un truco. Mira estas cartas.

El viejo echó un vistazo cauteloso y vio con horror que allí no había ni oros ni copas ni espadas ni bastos, sino unos símbolos rarísimos.

—¡Qué clase de baraja es esa!

—Es la baraja de *Masachuches*...

—Eso no son más que cartones para engañar a los bobos. La baraja de verdad es la que tiene oros, copas,

espadas y bastos, y con la que se puede jugar al cincoillo,
al tute y a la brisca.

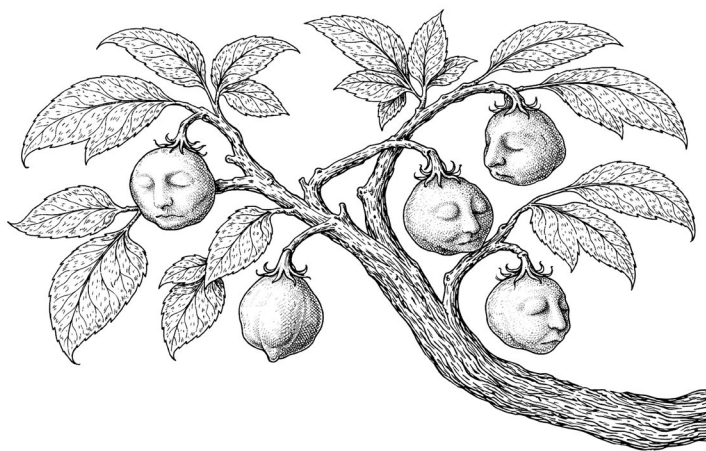
—Juguemos entonces al cincoillo.

—¡NO!

—Ja, ja, ja, eres todo un carácter.

—¡Me voy a dormir!

Y así fue como Hermigio perdió su barco, lo cual es
una historia larga, o corta, depende de cuándo se empieza.



20. EL VENCEDOR DEL OMÓPLATO

CUANDO DESPERTÓ, NOTÓ que le faltaba algo. ¿Sería la boina? Se echó la mano a la cabeza y recordó que la había perdido mucho antes. ¿Serían las alpargatas? No, en sus pies seguían. También tenía los pantalones puestos y un bolígrafo seco en el bolsillo de la camisa. Miró a su alrededor y sintió un vacío espantoso. Tardó en darse cuenta de que allí faltaba un objeto grande cuyas marcas se veían claramente en la arena de la playa. ¿Dónde está mi barco? ¿Y mi instrumental cartográfico? Las palabras acudieron a su mente antes que su significado. Cuando este las completó, un rugido furioso escapó de su garganta. Los nativos que andaban espiándolo creyeron por un momento que el señor Tutitu había vuelto a estallar.

Hermigio siguió las huellas de su Pelicántropo hasta que el agua le llegó por el ombligo. Se paró entonces a escupir sus ateas maldiciones y a jurar, o prometer, que cumpliría su destino de cortarle la cabeza al miserable Macpóstinger. Luego, para calmarse, se dedicó a dar paseos de arriba a abajo. En realidad, estaba perdido y no sabía qué hacer ni adónde ir. Cuando más desesperado estaba, Haroldo asomó la cabeza y el viejo se alegró sinceramente de verlo, tanto que hasta estuvo a punto de echarse a llorar, pero no se acordaba de cómo se hacía y su rostro se

paró retorcido en una mueca terrible. Junto al joven venía Majúa y un nativo tan flaco y fibroso que se le notaban todas las venas del cuerpo como gruesos cordones tensos y apretados. Lo presentaron como Suju, «valiente vencedor del omóplato vespertino del jabalí», un guerrero cuyo nombre rememoraba una hazaña en la que una tarde le hizo algo a algún pobre animal.

Haroldo se había convertido en todo un caballero continental y, en vez de hacer alguna broma sobre el robo, declaró muy serio que el ladrón era sin duda el «malvenido», el perverso ser que había llegado de otro planeta para destripar al señor Tutitu. Hermigio, que no estaba para teologías tribales, agradeció la ayuda que se le prestaba y recompuso su bizarra figura.

Suju era un rastreador experto y abrió la marcha en busca de Macpóstinger, pero en vez de ir hacia la costa, fueron hacia el interior. Hermigio protestó porque le resultaba difícil entender cómo se podía encontrar un barco tierra adentro. Haroldo, que traducía todo lo que los otros decían, le pidió que confiara. Al principio, viendo la apostura y agilidad con las que se movía Suju, no tuvo problemas en cumplir esa petición, pero pasado un rato, el vencedor del omóplato empezó a hacer cosas rarísimas. De repente, se tumbó estirado boca arriba con las manos sobre el pecho como un cadáver fuera del ataúd.

—¿Qué hace? —preguntó el viejo extrañado.

—Está sintiendo las pisadas —susurró Haroldo.

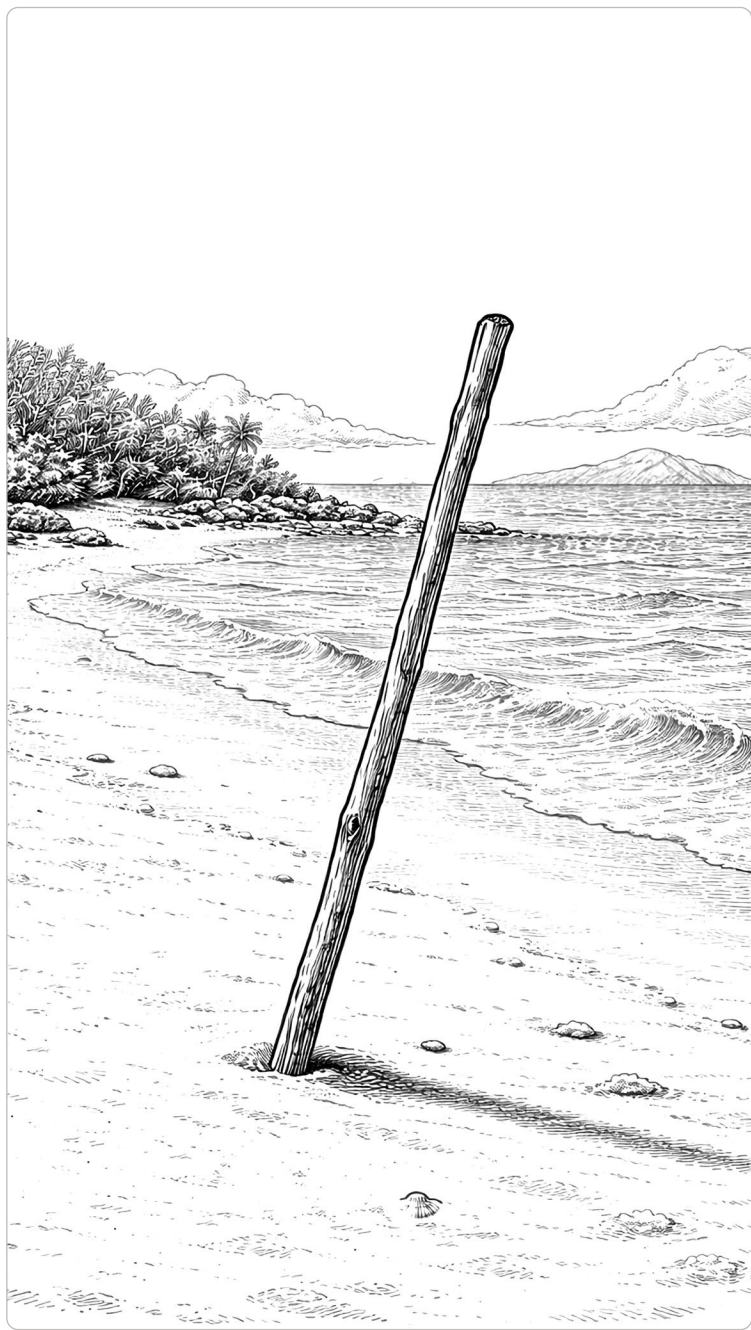
—¿Las pisadas de quién?

—De las gaviotas sobre el aire.

En cualquier otro momento, al viejo le hubiese enfurecido que lo despacharan con semejante respuesta, pero en aquella ocasión se veía desamparado, aunque su desamparo se resquebrajaba cuando veía que el mar se alejaba y el rastreador se frotaba las orejas con los pies.

Suju se tumbó unas cuantas veces más, algunas de ellas boca abajo con los miembros estirados como si abrazase el mundo. Luego se levantaba de golpe, daba un brinco enorme y se ponía a olfatear el aire mientras murmuraba: «umj ij ku luj uj if juf gi mu ki tum...». Así estuvieron hasta que llegaron al pie de una colina. Suju se puso un pie sobre la oreja y echó a correr hacia arriba. Lo siguieron penosamente por la empinada cuesta hasta una cima desde la que se veía un gran pedazo de mar. En su horizonte había un barco, pero no era el Pelicántropo, que no habría sido posible detectar a simple vista desde tan larga distancia, sino un gigantesco portaaviones filipondio al que Majúa llamó *yugri*, o lo que es lo mismo: «Gran tronco del panal seco comido por las termitas».





21. LA ONUPAPA

AQUELLO ERA MUCHO más serio de lo esperado. Ya no solo venían hormigas solitarias, el hormiguero entero se cernía sobre el continente. Hermigio lo vio en las caras de Majúa y Suju, que se pusieron a llorar y a mesarse los cabellos, y luego se sentaron y se rascaron la nariz con un pie en una clara señal de angustia. Porque era obvio que aquella gente utilizaba sus pies para muchas más cosas que caminar. A la luz de esta peculiaridad cultural, al viejo se le cayó la alforja de los prejuicios. Él había ido hasta allí obcecado en su misión y sin interesarle gran cosa la naturaleza de aquel misterioso continente, aquello no era propio de su experiencia, que le había llevado a meditar entre monjes budistas, a construir iglús entre los esquimales, a peinar camellos en el Gobi o a fabricar salchichas en un convento bávaro. Para demostrar la empatía recién adquirida, quiso saber el porqué de aquella desgracia y preguntó:

—Y a estos ¿qué les pasa?

—El señor Tutitu se apaga —explicó Haroldo con tono pesimista—. Esta tierra se quedará anclada en estas lóbregas aguas y los seres de otros planetas la invadirán y se llevarán todas sus riquezas.

Hermigio comprendió enseguida este pesar. Por mucha voluntad que los estados del mundo pusiesen en respetar el

nuevo continente, al final acabarían repartiéndoselo. Pero ¿qué se podía hacer? Si el señor Tutitu se apagaba, el continente cesaría de ocultarse. Las últimas erupciones eran una muestra de su furia y a la vez de su agonía. Ya no admitía los sacrificios habituales, las cestas de puerros, los ramos de coliflores o las perdices saltarinas; ahora exigía cabezas invasoras. Y a Hermigio le correspondía, según unas oscuras profecías interpretadas por el Agritu y la señora que caminaba haciendo el pino, realizar el sacrificio.

Como sabía ya que discutir sobre aquellos asuntos era inútil, el viejo decidió que lo mejor era pasar a la acción. Él mismo en persona iría a hablar con quienes venían en el portaaviones para decirles que allí había un volcán con dolor de barriga, que era necesario cortar unas cuantas cabezas y que se fueran por donde habían venido para que los pobres nativos volviesen a su idílica vida de comer frutos con forma de cabeza y rascarse las orejas con los pies. Cuando explicó su plan, los nativos retorcieron el gesto, pero no se paró a discernir si era por aprobación o por disgusto. Se fue hasta la playa, se subió a unas rocas en mitad del agua, se quitó la camisa y se puso a ondearla al viento para llamar la atención del bote que, con cincuenta sujetos vestidos de militares, se acercaba a la costa. Avanzó hacia ellos y descubrió que había un civil entre la tripulación. Era una señora bajita, fea y arrugada que se bajó del barco y se metió en el agua protegida por unas botas amarillas que le llegaban hasta las ingles. Al principio, no se percató de la presencia del viejo descamisado y de pecho velludo que le hacía señas desde las rocas.

Solo cuando este se puso a gritar como un loco se giró hacia él. Cuando lo vio venir, creyó que era un aborigen vestido con un traje regional. Pero no, lo que vestía eran unos pantalones de pana raídos y descoloridos. La mujer le dijo algo en idioma extranjero al militar que venía tras ella, luego se volvió hacia Hermigio, lo miró con los ojos entornados como si no lo viese bien y se presentó como Secretaria General de la Oficina de las Naciones Unidas para la Protección y Amparo de los Pueblos Aborígenes, la ONUPAPA. El viejo, a su vez, la miró muy fijamente con una extrañeza que no podía explicar. Tenía la molesta sensación de que la conocía de algo, pero no recordaba de qué. La señora, que parecía atrapada en similares dudas, le preguntó directamente:

—¿Nos conocemos de algo?

—Qué sé yo. Y si nos conocemos, qué más da.

—¿Cómo se llama usted?

—¿Yo? Hermigio. ¿Y usted?

—¿Yo? María Eugenia Pompillas.



22. DERECHO Y ADMINISTRACIÓN DE EMPRESAS

¿ERA POSIBLE QUE aquel adefesio fuese su amor de juventud? No recordaba muy bien la cara de María Eugenia, pero habría jurado que no era tan fea. Desde luego, no tenía esa nariz gruesa y arrugada, ni esa frente prominente que ensombrecía su mirada. Al menos, la talla era más o menos la misma, y supuestamente el pelo, aunque ahora ocultaba las canas con un tinte color castañas del bosque. Tampoco le cuadraban los modales dominantes que se gastaba la María Eugenia vieja. La joven era tan tímida que hasta era tonta.

Después de la sorpresa, no hubo tiempo para explicaciones. La ONUPAPA venía con una misión muy clara que no admitía demoras: expulsar de allí a todos los no aborígenes, entre los que estaba, por supuesto, Hermigio. De momento, y a petición de María Eugenia, no lo detuvieron y lo llevaron al campamento que instalaron en lo alto de la playa. Cuando todo estuvo listo y mientras los estrategas militares trazaban largas rectas y ponían chinchetas en unos mapas, los dos antiguos enamorados pudieron conversar, aunque fue una conversación fría e incómoda, a ninguno de los dos le agradaba aquella situación. Ella contó que había estudiado derecho y administración de

empresas, luego aprobó unas oposiciones a registrador de la propiedad, y como era este un empleo muy relajado, le dejó tiempo para estudiar antropología biosociocultural a distancia. Con ese currículum y un enchufe que le proporcionó su padre, inició una carrera diplomática que la había llevado hasta donde entonces estaba. Hermigio, que no tenía ganas de contar su vida, se inventó una historia. Primero se le ocurrió decir que él había estudiado botánica y alicatado de cuadras, pero le dio pereza decir tantas palabras y dijo simplemente que había estado todo el tiempo en la cárcel por robar un banco.

—¿Tanto tiempo por un atraco? —preguntó María Eugenia desconfiada.

—Es que insulté al juez.

Ella no terminó de creérselo, pero no siguió preguntando porque, la verdad, no le interesaba lo más mínimo la vida de aquel hombre, el cual era un sentimiento recíproco salvo por un detalle que él no se resistió a mencionar:

—¿Y cómo fue el concierto del tal Julio Iglesias?

Ella puso cara de extrañeza y entonces recordó:

—Muy bien. Conocí a mi difunto marido.

A él lo invadió un incómodo y novedoso sentimiento. Le desagradaba aquella mujer y no podía explicarse cómo en algún momento le había gustado, pero aquella declaración le sonó a traición. Movió la cabeza y gruñó para apartar de sí semejante ponzoña sentimental. Que se fuera a la porra con su marido muerto, sus antropologías y sus diplomacias. «Menos mal que no fui a tu encuentro», pensó entonces.

—Y bien. ¿Qué haces aquí? —dijo ella para romper el hilo de tanto amor.

—Salí de la cárcel, me hice con un barco y me puse a recorrer el mundo.

—¿Un barco? ¿No será aquel que hemos encontrado varado?

Hermigio dio un respingo al ver su Pelicántropo. Ella dijo entonces que le resultaba extrañamente familiar y él se inventó que lo había construido con materiales reciclados.

—¿Y el hombre que me lo robó?

—No había nadie a bordo.

—¿Y mis cosas?

—No había nada. ¿Qué has perdido?

—Un abrelatas y una cacerola —mintió Hermigio conteniendo la rabia—, y una navaja de mi abuelo.

Como no eran cosas de mucho valor, ella no le dio más importancia y se despidió. Al viejo lo dejaron deambular por el campamento porque no parecía peligroso y no estaba prevista la primera evacuación hasta el día siguiente, pero él tenía otros planes. No había pasado por alto el hecho de que allí los militares tenían un mapa de algo. Se acercó disimuladamente y se puso detrás de un sargento sin nuca. Cuando este se vio asediado, se dio la vuelta y mostró unos dientes amarillos y un rostro pecoso.

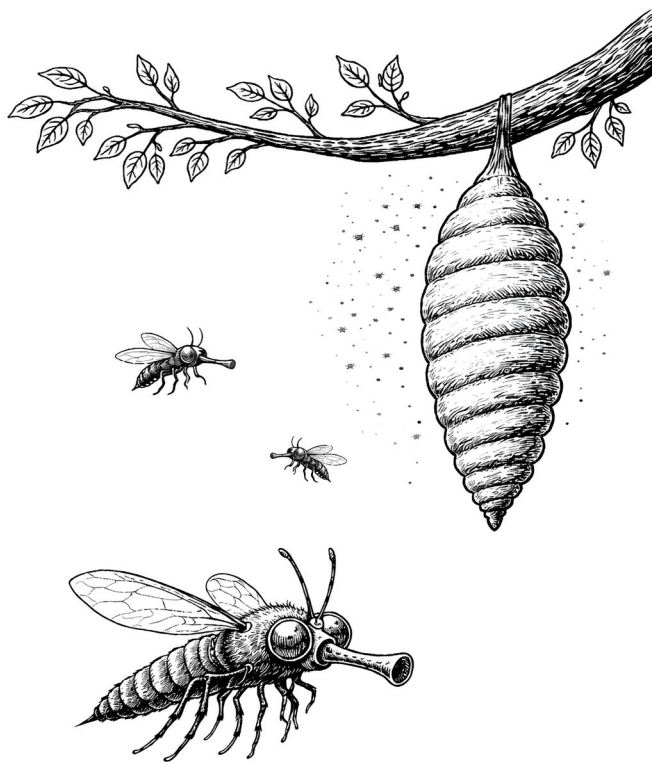
—¿Guat duyugüant? —preguntó con malos modos.

—Y ese mapa ¿de qué es?

—A ti que te importa.

Hermigio se apartó sin responder porque ya había visto lo que quería ver. Aquella misma noche, mientras todos

dormían, incluidos los guardias, les demostró que no era un viejo inofensivo. Se metió en la tienda de los planos y robó un rollo, el primero que tuvo a mano, y se escapó silenciosamente sin que nadie lo notase.



23. COSTINTANOPLA Y MASCADASGAR

CUANDO LAS PRIMERAS luces del amanecer se lo permitieron, y ya muy lejos del campamento, desplegó el mapa y lo estudió. Representaba un pedazo de tierra que podía ser muy grande o muy pequeño. No había una rosa de los vientos que marcara los puntos cardinales, sino unas coordenadas impresas en las esquinas, y las altitudes estaban indicadas con unas someras curvas de nivel. Ni árboles, ni catedrales, ni puentes de piedra saltando sobre ríos embravecidos. Todo era gris, esquemático y sin personalidad. Había decidido ya hacerlo pedazos cuando Haroldo, Majúa y Suju aparecieron a lo lejos. Se reunieron y el viejo les mostró su botín. Majúa lo estudió con viva curiosidad y dijo que le recordaba un sitio cercano al lugar sagrado en el que se le hacían ofrendas al señor Tutitu. Pero había dibujos muy extraños en aquel papel, cosas que no parecían estar en la superficie sino bajo tierra. En definitiva, aquello no era más que un pedazo minúsculo del continente, lo cual consoló a Hermigio, que sabía que nadie había podido trazar el mapa que él pretendía. Lo inquietante era el interés de los invasores en aquel preciso lugar.

—Habría que ir a ver lo que hay por allí —sugirió, lo cual escandalizó a los nativos, que con grandes aspavientos le explicaron, por boca de Haroldo, que aquella zona

era sagrada y no se podía pasar sin el permiso del Agritu, que antes tenía que consultarlo con la grulla de las profundidades. Resignado a aquellos protocolos, Hermigio se dejó llevar al poblado para que el trámite fuese cumplido.

Caminaron durante un par de horas hasta que tuvieron a la vista un valle poco profundo trazado por un río pedregoso en cuyas riberas había varias hileras de chozas fabricadas con ramas. En un claro en mitad de ellas se veía mucha gente y humo que salía del centro de la multitud. Se acercaron lentamente y vieron una gran hoguera con una enorme cazuela encima, y a su lado una jaula de palos con alguien dentro. Lo reconoció por el traje de urraca. Óliver Macpóstinger se aferraba a los barrotes mientras gemía y suplicaba en todos los idiomas habidos y por haber. Viendo su infortunio, la ira de Hermigio contra aquel hombre se aplacó. En definitiva, él solo quería recuperar su barco y sus instrumentos de cartografía, que estaban en su bolsa a un lado de la jaula, pero no deseaba decapitarlo ni cocinarlo.

Unos nativos coronados por estrafalarias cabezas de animales se acercaron al viejo y se pusieron a danzar a su alrededor al ritmo de unos tambores estruendosos. Este, al que le molestaban sobremanera los bailarines en general, comenzó a dar manotazos en el aire como si quisiera espantar unos moscardones. Intentó salir de allí, pero los zoántropos se cerraron a su alrededor. Entre el acoso, el humo y el ruido, Hermigio, que apenas había comido en los últimos días, estuvo a punto de desmayarse. Trastabilló y fue a caer de espaldas contra la jaula. Macpóstinger lo agarró de los pocos cabellos que tenía en el cogote, el viejo se zafó y gritó:

—¡Qué haces, idiota!

—Amigo, ayúdame —se excusó el otro lastimosamente—. ¿No te acuerdas de mí? Estuvimos juntos en Costa... Costi... Castisopla....

—¿Qué dices?

—En Costinto... Costintanopla. —Era obvio que el reo estaba borracho o intoxicado con algo que los nativos le habían dado, y así continuó delirando con un murmullo descompuesto—. Diles que somos amigos, estuvimos juntos en Magaga... Mascaga... Mascadasgar.

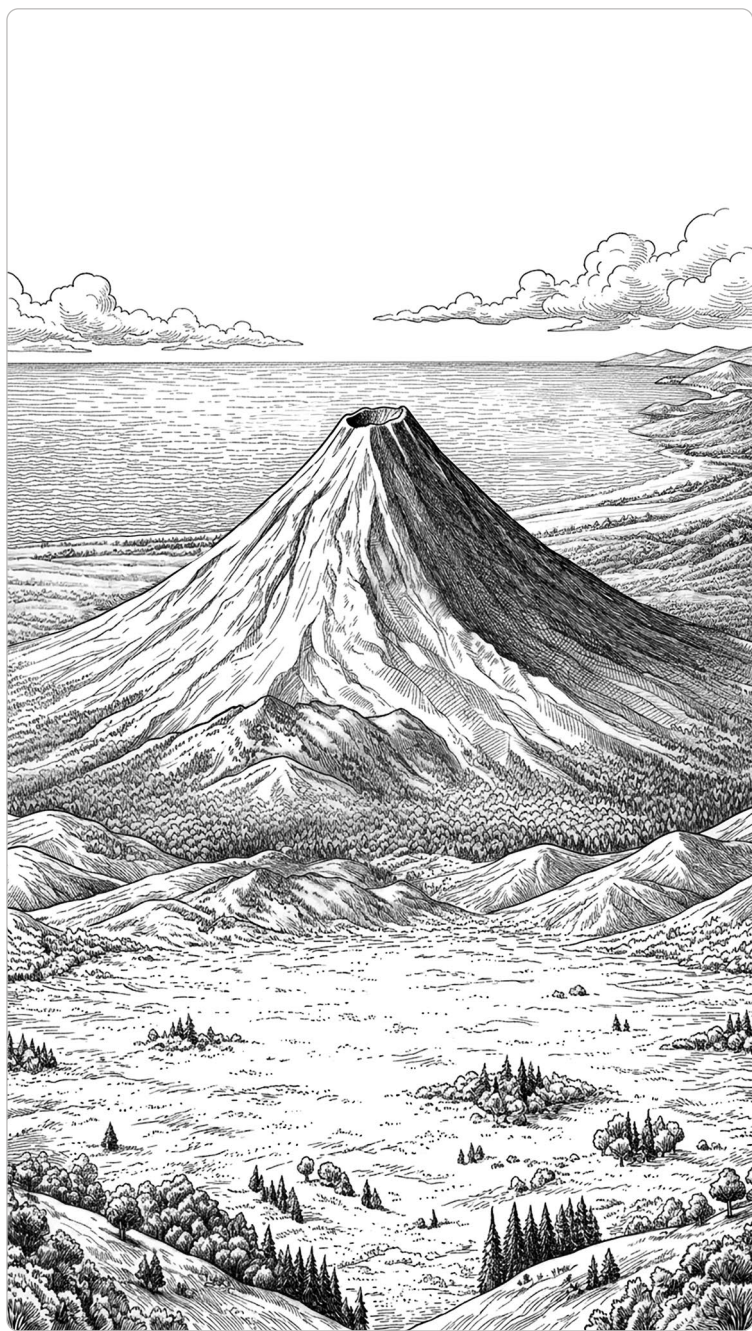
Hermigio se alejó de él ya definitivamente mareado. No percibía nada de lo que sucedía a su alrededor y necesitaba un espacio libre y sosegado para respirar. Como el cerco que lo tenía atrapado aún persistía, sacó fuerzas de flaqueza y sus manotazos se convirtieron en mamporros. No fue consciente de su pelea. Solo cuando estuvo sentado contra un árbol lejos del jaleo, Haroldo le dijo que había derribado uno a uno a los bailarines con tal furia que los nativos ya no se atrevían a acercarse a él.

—Dejadme en paz —murmuró el viejo para sí—. Yo solo quiero hacer un mapa.

—Claro, eso luego. Pero ahora, venga, que tienes que cortarle la cabeza a ese señor.

—No voy a cortarle la cabeza a nadie...

Esto último lo dijo ya sin fuerzas. Cerró los ojos y se sumió en un sueño tan profundo que los nativos, con gran terror, creyeron que su salvador se había muerto y los había dejado abandonados a su suerte.



24. LA TROMPETA VICEVERSA

DESPERTÓ EN UNA choza similar a la que ya conocía de su anterior desmayo, pero esta vez el paraju no estaba fuera, sino dentro, y lo miraba con su inquietante cara de idiota. Hermigio se levantó de mal humor y le gritó que se fuera, pero el hombre no hizo caso. Se sentía recuperado, así que se puso los pantalones, que no recordaba haberse quitado, y salió. Afuera no había nadie. La única persona a la vista era Macpóstinger, que estaba en su jaula durmiendo con la boca abierta. Se acercó a la puerta y la abrió. Cuando se alejó, vio cómo el preso se levantaba y aprovechaba para huir como una comadreja salvaje. El viejo le dio la espalda y echó a andar por un camino espeso entre arbustos espinosos. Llegó a un solar en el que había un círculo de grandes piedras y se sentó en una de ellas. Como era de esperar, un sujeto con espesa melena rizada se asomó por detrás de un matorral y se puso a hacer gestos para llamar su atención. El viejo se levantó de mala gana y se reunió con Haroldo y Majúa.

—Y ahora ¿qué? —dijo con tono de hartazgo.

—Todos se han escondido, dicen que el señor Tutitu pronto va a gemir por última vez.

—Bueno, estoy hasta las narices de tanta tontería —replicó Hermigio mientras echaba a andar hacia la imponente

silueta del volcán que se veía en lontananza. Sabía ya que la zona sagrada estaba cerca y quería ver lo que había allí. Majúa quiso protestar, pero el viejo fue tajante, no estaba dispuesto a esperar el permiso de ninguna grulla.

Subieron por un camino hasta una grieta en la falda de la montaña. Los alrededores habían sido limpiados para que pudiesen entrar sin problemas las personas, aunque, como explicó Majúa, estaba prohibido hacerlo. Aquel era el lugar en el que se dejaban las ofrendas al señor Tutitu. Había en las paredes de la roca multitud de dibujos y grabados de animales extrañísimos, y a un lado una escultura de algo que parecía la trompa retorcida de un elefante.

—Es la trompeta viceversa, se usa para llamar al señor Tutitu cuando se le ofrenda —dijo Majúa con un pizpireto acento nativo. Ante la mirada sorprendida de Hermigio, aclaró que Haroldo le había enseñado su lengua y que, como ella también tenía gran facilidad para los idiomas, la había aprendido rápidamente.

—Bueno, vamos a ver cómo suena esto. —Hermigio se acercó con decisión a la boquilla de la trompeta, la limpió con el pañuelo de tela que siempre llevaba en el bolsillo y sopló con todas sus fuerzas. Ningún sonido salió por el otro lado, pero un potente golpe de aire salió por donde había entrado y lo tiró al suelo. Majúa disimuló sus risas tras un mechón de cabello negro y se acercó al pabellón de la trompeta, puso la boca como un fumador que fuese a soltar un anillo de humo y soltó por allí una suave bocanada de aire. Tras unos segundos, una nota aguda y

suave salió por la boquilla. Luego esperaron otros pocos segundos en silencio y nada sucedió.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Hermigio con impaciencia.

—Ahora nada. Las ofrendas para el señor Tutitu se dejan dentro de la cueva y él las recoge, pero nunca lo vemos.

—Pero ¿en serio hay un señor viviendo en el volcán?

—Claro. —El rostro de Majúa expresó su sincera sorpresa ante las dudas acerca de aquella verdad suprema.

—¿Y este señor es el que hace que el volcán explote?

—En efecto. Él lo controla, y con sus humos hace que nuestra tierra se mueva y se oculte.

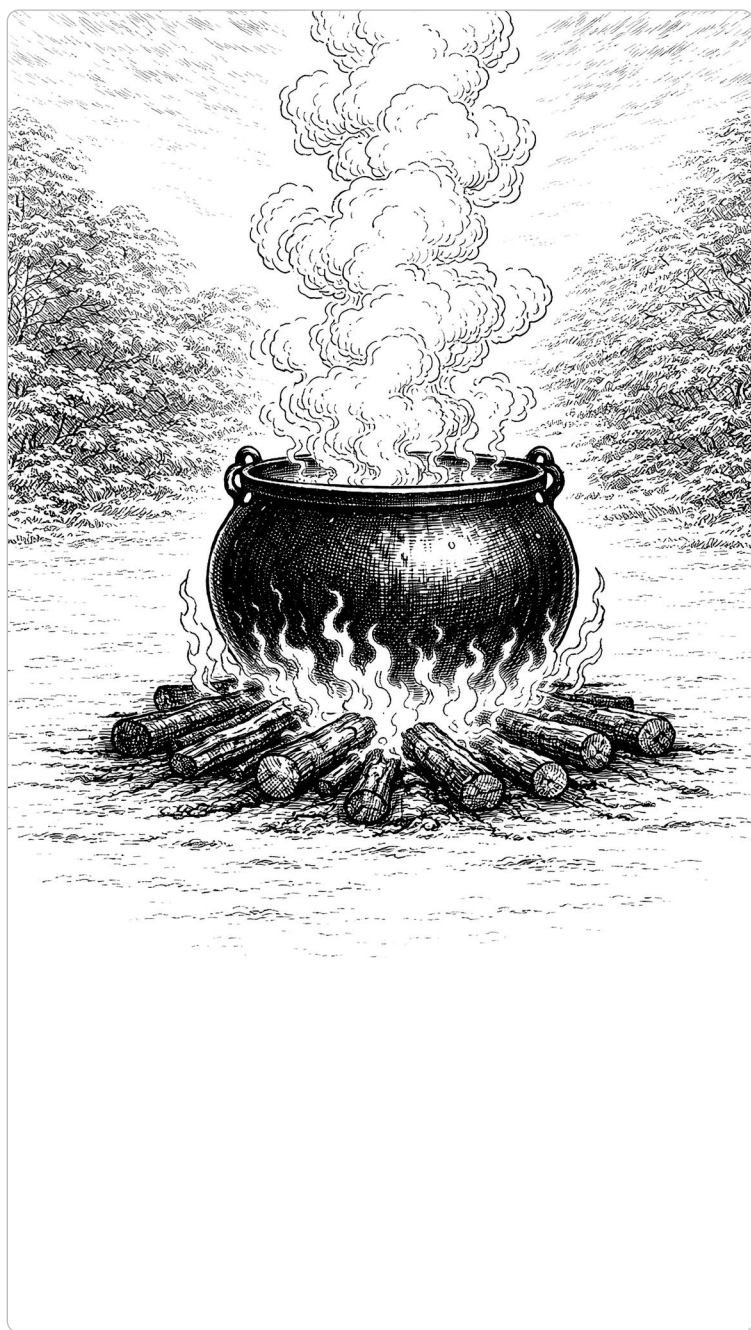
—Pero ¿es un señor, un dios o un demonio?

—La verdad es que nunca lo hemos visto, pero los viejos dicen que hay un gran ser poderoso allí. Lo llaman «señor» porque es así como nos dirigimos a los grandes seres, a los *ulijus*, también llamados *uj*, o «cavadores de orejas».

Mientras la muchacha explicaba todo aquello, Haroldo la miraba con cara de bobo, un gesto que, sumado a su natural puerilidad, le daba un aura de indefinible majestad muy valorada entre los nativos.

—Bueno, pues yo voy a entrar —exclamó Hermigio con vehemencia—. Alguien capaz de mover un continente, merece ser conocido.





25. ALMEJAS DE GOMA

HERMIGIO COMPRENDIÓ ENSEGUIDA que algunas veces la vehemencia no es un buen motor para la acción y que, si se quiere entrar a una cueva, es necesario proveerse de luz y un casco. Lo supo cuando un saliente arañó su calva. Se quedó parado entonces, dubitativo entre retroceder hasta la breve luz del vestíbulo o seguir con mucho cuidado. Como lo segundo era una insensatez, se decidió por dar un paso atrás, pero como estaba oscuro y no sabía hacia dónde miraba, no lo dio hacia atrás sino hacia la nada. Su pie buscó un suelo, no lo encontró y la fuerza de la gravedad lo arrastró con todo el cuerpo detrás. Rodó en total oscuridad protegido solo por sus gruesas manos puestas sobre la cara. Afortunadamente, no encontró grandes obstáculos en su descenso y se levantó de una pieza, tan solo algo rasguñado y con algunos golpes. Cuando abrió los ojos, había luz. Su fuente estaba oculta, si es que la tenía, porque más que un rayo caído de algún agujero parecía un velo tenue posado sobre las caprichosas estalactitas, ¿o eran estalagmitas? En cualquier caso, unas salían del techo y otras del suelo, así que habría de los dos tipos.

Ya estaba dentro y el camino de vuelta era inaccesible, y de lo inaccesible era mejor no preocuparse. Así que

se puso en marcha con decisión y con la confianza en que, si se podía entrar, se podía salir. Además, el sitio era realmente hermoso, y eso siempre estaba por encima de cualquier angustia innecesaria. Se puso en pie y se paró a recrearse en los brillos espectrales que vibraban por toda la sala. Realmente había merecido la pena caer rodando por una rampa y haber estado a punto de partirse la crisma. Avanzó a tientas hacia donde más luz se veía y llegó hasta una grieta que daba a un precipicio. Se asomó por allí y, afirmado en una estrecha cornisa, miró el vacío a sus pies. Entonces, oyó unas voces a lo lejos. ¿Eran el señor Tutitu y sus servidores de las profundidades o había otros exploradores aparte de él?

Como las voces se acercaban, esperó dispuesto a lo que fuese, tan solo turbado por la idea de que, si aparecía algún nativo peculiar, no iba a poder comunicarse con él. Una luz comenzó a moverse al otro lado del precipicio. Las voces se hicieron más claras y creyó distinguir algunas cosas en su idioma: cantimplora, asno peludo, aritmética confuciana, calzoncillo muerto. ¿Quién andaba por allí diciendo semejantes absurdos? Los visitantes ya eran visibles al otro lado, un grupo numeroso vestido con ropas de color caqui guiado por una señora con botas amarillas hasta el ombligo. Dudó entre llamar su atención o hacerse la estatua, mimetizarse con las rocas a su alrededor para pasar desapercibido, pero ellos lo vieron antes de que pudiese reaccionar. María Eugenia enfocó la linterna directamente hacia él y la mantuvo durante un rato. Al principio creyó que no lo veían, quizás su presencia allí les parecía tan

extraña que su cerebro ni siquiera la procesaba, pero al fin oyó que le dirigían unas palabras.

—¿Her... ig? ¿U... qui?

Intuyó lo que le preguntaban y contestó con lo mismo:

—¿María Eugenia? ¿Qué haces aquí?

—Ca.. can.. u... to...

Había un aire distorsionador en el abismo que los separaba que impedía que las palabras llegasen sanas y salvas al otro lado. Gritó que no entendía nada y obtuvo más palabras entrecortadas.

—Can... u... to... —repitió María Eugenia.

—¿Canuto? ¿Qué dices de un canuto?

—No —eso sí lo entendió, y también lo siguiente, aunque le pareció muy extraño—: ¡Almejas de goma!

—¿Almejas de goma? ¿De qué carajos hablas?

—¡Cuidad...!

Eso también lo entendió. Un rugido pedregoso tronó en alguna parte. Hermigio se dio cuenta de que tenía que salir de allí. Entonces oyó unas palabras que le sumieron en la confusión:

—¡Te amo como una loca!

Saltó hacia el interior de la sala justo cuando una roca caía y tapaba la puerta al precipicio. No pensó en la muerte que acababa de esquivar, sino en la declaración de amor que tomó por literal, cuando en realidad María Eugenia había dicho: «Se ha movido una roca».

26. MALDITA SEA

—AMORES A MÍ, a estas alturas. Lo único cierto es que está loca ese adefesio. — Hermigio salió refunfuñando de la sala de las estalactitas y estalagmitas, porque había otra salida que no tardó en encontrar, aunque tan distraído estaba en sus murmuraciones contra María Eugenia que no se dio cuenta de que alguien lo observaba de cerca.

Avanzó por un pasillo cada vez más oscuro hasta que la luz se agotó.

—¡Maldita sea! —gruñó, y entre gruñido y oscuridad, su ira creció hasta que no pudo contenerla— ¡Maldita sea! —gritó con todas sus fuerzas. Y luego volvió a gritar, y gritó una cuarta vez hasta que sintió que ya no le quedaba nada dentro. Se sentó aliviado y serenamente se preguntó por el motivo de su ira.

—¿Maldita sea quién?

—Maldita sea en general.

—¿En general? Hace un rato te vi deleitarte en la gruta de las damas brocentinas y ahora todo está maldito. ¿Qué ha cambiado en tan poco tiempo?

—Una roca ha estado a punto de aplastarme.

—Deberías sentir alivio entonces.

—¿Quién eres tú, que me hablas con tanta sapiencia?

—¿Yo? Soy el señor Tutitu.

Una lámpara que guardaba un fuego tembloroso le dio forma al lugar; ante él, sosteniéndola, había un rostro viejísimo oculto tras una espesa barba blanca. Llevaba la cabeza cubierta por un gorro de lana verde y sus ojos negros lo miraban con la profundidad propia de quien vive en las profundidades.

—¿En serio?

—En serio y en broma. Y tú ¿quién eres y qué haces aquí?

—Yo soy Hermigio, cartógrafo y muchas otras cosas. No sé qué hago aquí. Vine para dibujar un mapa de estas nuevas tierras y así darlas a conocer al mundo, pero todo ha salido mal. Los nativos están locos y quieren que le corte la cabeza a alguien para ofrecértela... —La voz de Hermigio se apagó como si, después de la ira, solo le cupiese la tristeza.

—¿Y por qué quieres dar a conocer esta tierra al mundo?

—Solo quería hacer un mapa. Un mapa bonito, da igual de dónde. Podría inventármelo, he inventado muchos mapas, pero a mis años, la imaginación cansa.

—¿No has pensado que, quizás, si esta tierra ha estado oculta hasta ahora, es por algo? ¿Por qué quieres quitarle ese privilegio?

Hermigio no supo qué responder. Tutitu lo ayudó a levantarse y resultó ser muy bajito. El viejo pensó que quizás fuese un enano como los de los cuentos que viven bajo las montañas y trabajan en las minas.

—Yo en realidad no necesito luz —dijo Tutitu mientras se adentraban en las profundidades—, tengo un sexto sentido como el de los murciélagos.

—¿Eres una persona? —se atrevió a preguntar Hermigio.

—Se puede ser persona sin ser humano. Basta con ponerle nombres a las cosas y que estas te respondan. Por ejemplo, aquí hay un río subterráneo y está lleno de personas que son salmones de las cavernas.

—Nunca he oído hablar de ese animal.

—En realidad hay dos clases. Unos son salmones de verdad y otros son osos.

—¿Osos? ¿Osos plantígrados?

—Sí, osos con forma de salmón.

—Digo yo que para ser oso habrá que tener forma de oso, más o menos. Lo mismo que para ser botijo hay que tener forma de botijo.

A pesar de que Hermigio había argumentado con gran seriedad, a su rival le hizo gracia y soltó una carcajada. Luego dijo que también en aquellas cuevas había arañas que eran ratones y piedras que hablaban muy despacio y muy bajito. Como lo decía todo muy serio y con el tono de un erudito amable que muestra las evidencias que los inexpertos no ven, Hermigio no se atrevió a poner más pegas. Y con esta peculiar conversación se perdieron por los túneles que había bajo el volcán.





27. HISTORIA DEL FLOGISTO

TUTITU NO TENÍA una casa en concreto. Apenas dormía y comía poco. Pasaba la mayor parte de su tiempo escuchando a las piedras y aventando al volcán. A pesar de que, según dijo, llevaba muchísimos años sin hablar con otros seres humanos, conversaba con mucha soltura. Su voz era pausada y todo lo que decía, por fantástico que fuese, parecía tan cierto como la cosa más rutinaria. Contó que tenía trescientos setenta y siete años, y que había llegado por casualidad al continente hacía más de tres siglos. Allí se estableció primero con los nativos, que más tarde lo olvidaron y lo convirtieron en un mito, y luego bajo la montaña, donde crecían flores que lloraban de felicidad y alimentaban los manantiales. Hermigio quiso saber cuál era el misterioso secreto de aquel continente escapista y Tutitu le contó que allí había grandes cantidades de un polvo mágico que llamó «flogisto».

—¿Flogisto? —se extrañó Hermigio—. He oído antes esa palabra. No era una especie de sustancia inventada por los químicos antiguos.

—Así es. Fue propuesto para explicar la supuesta pérdida de masa de los materiales al quemarse, el flogisto era lo que se liberaba. Luego resultó que no había pérdida ninguna, sino incluso una ganancia debida a la

absorción de oxígeno. Por ello la teoría del flogisto fue abandonada.

—¿Eres químico?

—Soy un poco de muchas cosas. Un poco químico y otro poco alquimista, vulcanólogo, herrero, zoólogo, ingeniero, zapatero y albañil.

—Pero si el flogisto no existe, ¿qué es ese polvo mágico del que hablas?

—Es una sustancia que se genera por el calor del volcán. Lo llamo flogisto porque es invisible y sale del corazón de la tierra quemada. —Tutitu cogió una plancha de piedra y roció por ambas caras un polvo que sacó de un saquito. La plancha se volvió primero brillante y luego transparente. No desapareció, sino que era visible o no según se moviese—. Es como esos dibujos que, si los miras desde la derecha se ve un perro y si los miras desde la izquierda, un gato, solo que aquí no hay perro ni gato, sino opacidad y transparencia.

Hermigio se quedó un rato observando la plancha fascinado por aquel polvo maravilloso que llevaba la luz hasta lo que había detrás. Se fijó además en que, si lo miraba de cerca, el efecto desaparecía, mientras que de lejos se hacía más intenso. Tutitu continuó con su explicación:

—De este volcán salen grandes cantidades de flogisto que impregnan la superficie del continente. Gracias a él, los navegantes que se acercan no lo ven, o ven solo una parte. Yo me he especializado en el arte de ordeñar al volcán para que así el ocultamiento sea más perfecto.

—Entonces el continente no se mueve.

—También se mueve. El volcán va generando nuevas tierras y hundiendo otras; así que, si algún navegante lo encuentra y quiere volver más adelante, ya no está donde antes estaba y acaba creyendo que estuvo donde no estuvo o que no estuvo donde estuvo. Además, estas aguas son muy remotas y están fuera de todas las rutas marítimas.

—¿Y qué está pasando ahora? No sé si sabes que hay un enorme portaaviones en la costa y los filipondios ya han desembarcado.

—¿Portaaviones? ¿Qué es eso?

—Un barco que lleva aviones.

—¿Aviones? ¿Filipondios? Me hablas de cosas muy extrañas. Llevo mucho tiempo aquí y no sé nada de lo que ha sucedido fuera. —Tutitu se disculpó con una sonrisa y procedió a completar su relato—. El flogisto accesible en el vientre del volcán es cada vez más escaso. Sé que hay más en las profundidades, pero me cuesta llegar a él. ¿Y qué tal son los filipondios? ¿Son buena gente?

Hermigio torció la boca para demorar una respuesta que no le salía. Finalmente, solo se le ocurrió decir una cosa:

—Les gusta meter las narices en todo.



28. ¿QUÉ QUIERES SABER?

TUTITU NO TARDÓ en enterarse de que había más gente dando vueltas por las galerías subterráneas que horadaban su volcán. Se lo dijeron los murciélagos, que se agarraban a sus orejas y metían el hocico en ellas. Le hicieron además una descripción bastante peculiar de los intrusos: «Pájaros sin plumas rebozados en aceite y ciegos. La madre es una gallina paticorta».

El señor del volcán adivinó enseguida que aquellos eran los entrometidos filipondios, y Hermigio que la gallina paticorta era sin duda María Eugenia. Pero ¿qué hacían deambulando por aquellas oscuridades? Nuevos murciélagos llegaron para aclararles aquellas dudas: «Chupan paredes y las rasan con huesos de cabra, se comunican con mugidos graves y molestos». Tras aquella extraña información había una realidad que los no murciélagos supieron traducir a su lenguaje.

—Algo saben o creen saber de lo que hay en esta montaña —especuló Tutitu.

—Aparte de entrometidos, son ambiciosos —completó Hermigio.

Ambos estuvieron de acuerdo en que los filipondios tenían sumo interés en desentrañar las artes ocultistas del continente y aprovechar sus riquezas. Era sin duda un

asunto tan grave que Tutitu, como si ya estuviese todo perdido, se despreocupó y se puso a darle de comer a los salmones que saltaban entre las grietas encharcadas de un río subterráneo. Hermigio se acercó a mirarlos y comprobó que, efectivamente, algunos eran osos. Tenían forma de pez, escamas plateadas, aletas y ojos de pez, pero eran osos. En su mente apareció un oso pardo como los que había visto en zoos y películas, y en una ocasión en un bosque a lo lejos, y no notó nada incoherente. «¿Se podrán comer ahumados?», pensó. Y aquella duda se convirtió en un problema mucho más grave que la invasión filipondia y el destino del continente.

Tutitu apagó sus lámparas, pero la luz no desapareció. Estaban en una gruta de cuya pared frontal brotaba una claridad de colores como si fuese la vidriera de una catedral.

—Es un musgo artista —comentó el señor del volcán distraídamente.

Hermigio se acercó y reconoció figuras entre las manchas retorcidas, escenas campestres de un campo imposible, dioses que existían de verdad, animales con forma humana, humanos con forma animal.

—Todo aquí abajo es muy extraño —murmuró.

—Así es. Puedes explorar a tu gusto.

Entró en un corredor de fondo azulado y caminó con la vista en los tonos chispeantes que todo lo empapaban. Algo llamó su atención, pegó la oreja a una roca y notó un siseo. Poco a poco se acostumbró a él y logró discernir palabras: cacahuete, ocio, palanca, mandala, durafú, cabestrante...

Un murciélago se agarró inesperadamente a su oreja. Como era una oreja muy colgajosa, le costó estabilizarse y meter el hocico entre los pelos orejiles.

—Dice que siete cabritos vienen del cielo tirando del carro de los papagayos.

—Ah, sí, cierto, eso debe ser —asintió el viejo sumisamente.

—Si cierras los ojos, verás en la oscuridad.

Hermigio hizo, o creyó hacer, lo que le decían. Realmente no sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados, ni si veía o no veía. Pero caminaba entre formas luminosas, entre arañas peludas que eran ratones y tocaban el violín. Había también arañas auténticas que presumían de sus preciosas telas, sus hilos sostenían el volcán como si fueran gruesas vigas de acero. Siguió avanzando durante un largo rato entre aquellas maravillas hasta que en un recodo encontró un ciempiés que flotaba tras una plancha de mineral transparente.

—¿Eres un pez, un insecto o un pájaro? —preguntó con la mano posada sobre el cristal.

—Soy un artrópodo, ¿no es evidente? ¿Qué quieres saber?

—¿Qué quiero saber de qué?

—Si estás aquí ante mí, es que algo quieres saber.

—¿Quién eres tú?

—Soy el que responde a las dudas más profundas, las más importantes, las más terribles, las más trascendentales, las más sublimes, las más secretas. Yo lo sé todo, todo, todo. Sé lo que todos quieren saber y nadie sabe.

—¿Dónde está Tutitu?

—Tutitu no está en ninguna parte, Tutitu soy yo, Tutitu eres tú. Tutitu. Titu tú ti tú tú. ¿Qué quieres saber tú?

—No lo sé. Todo aquí es muy extraño.

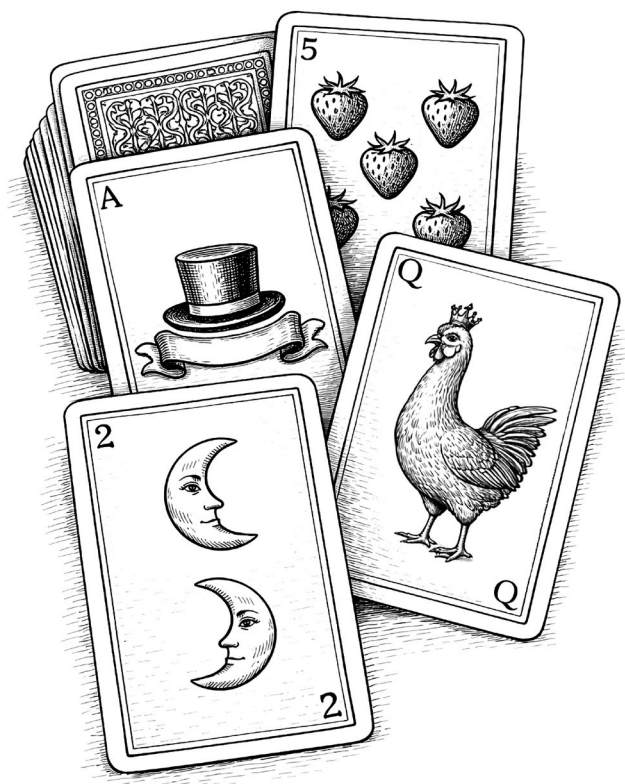
—¿Qué es extraño?

—¿Tienes cien pies realmente?

—Cuéntalos.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...





29. MANOS DE VIEJO

—CIENTO TREINTA Y ocho, ciento treinta y nueve...

—¿Qué haces?

—Estoy contando los pies del ciempiés, ciento cuarenta, ciento cuarenta y uno...

—¿Qué ciempiés? —Haroldo miró a su alrededor, pero no vio nada más que formas cavernosas que temblaban bajo el fuego de su lámpara de aceite.

—Está ahí, detrás de la roca, en esa pecera.

—¿Un ciempiés en una pecera? ¿Qué te ha pasado Hermigio, te has golpeado la cabeza?

—No... —De repente, el viejo tomó conciencia de dónde estaba. Se irguió lentamente y notó dolor por todo el cuerpo. Preguntó si aquel era el lugar en el que había caído.

—No —contestó Haroldo—. Llevamos buscándote un buen rato. Cuando llegamos al sitio, habías desaparecido. ¿Dónde has estado?

—He visto a María Eugenia y luego al señor Tutitu —narró con tono impersonal—. Me contó lo del flogisto y lo de los salmones que son osos, y luego encontré al ciempiés que me iba a resolver una gran duda.

—¿Y por qué estabas contando sus pies?

—No sé, todo es muy extraño. ¿Dónde está tu novia?

un caballo salvaje. Había unos salientes en la oquedad por la que se asomaban desde los cuales quizás se pudiese alcanzar la columna. Cuando Hermigio quiso intentarlo, un gran temblor obligó a que todos se agarraran a lo más firme que pudieron encontrar a mano. El volcán parecía dispuesto a entrar de nuevo en erupción en cualquier momento.

—¡Hermigio! ¡Estás por todas partes! —Pasado el temblor, alguien más había accedido a aquella gran sala. Era María Eugenia, que con su cohorte de filipondios detrás lo amonestaba de aquella manera. Pero el viejo no se dejó arredrar.

—¡Tú sí que estás por todas partes! ¡No hay nativos aquí! ¡¿Qué estás buscando?!

—¡A ti que te importa! ¡¿Eres el dueño de este continente o qué?!

—¡No soy el dueño! ¡Soy algo más! ¡Soy el señor del volcán! —tronó Hermigio, que inmediatamente se sorprendió a sí mismo por haber hablado así, pero no se arrepintió y asumió el inesperado papel que se acababa de atribuir y que lo desvestía de toda su rusticidad para convertirlo en un dios. Un dios en alpargatas y pantalones de pana, pero dios—. ¡Y quiero que os larguéis todos de aquí!

Y como si lo hubiese llamado, el volcán volvió a rugir, esta vez con mucha más fuerza, y se formó un hilo rojizo en las profundidades que poco a poco se ensanchó. Los filipondios, que habían comprendido enseguida lo que sucedía, huyeron despavoridos. Antes de salir, María Eugenia dijo algo más, pero Hermigio solo entendió palabras

sueñas sin sentido: colador, bogavante, estipendio. Y en el último momento, una frase que encendió aún más su furia y la de su volcán:

—¡Ponte a salvo, amado mío!



30. EL PÁJARO QUE SABÍA VOLAR

—¡LOCA! ¡MÁS QUE loca! —gritaba Hermigio mientras escalaba trabajosamente por la columna en busca de la urraca. Abajo aún estaban Haroldo y Majúa, que con lágrimas en los ojos le suplicaban que se bajase y huyera con ellos.

—¡Marchaos vosotros! —contestó con una voz tan poderosa que se alzó por encima de las explosiones. Los jóvenes no tuvieron más remedio que abandonar el lugar. Ahora el viejo estaba solo con su destino.

Continuó subiendo con la vista fija en la sombra negra que se veía entre el humo cada vez más denso. Sus dedos experimentados se agarraban con firmeza a los salientes, pero el resto de su cuerpo no respondía con la misma habilidad. Contra su voluntad, comenzó a sentirse pesado y fatigado. Sus articulaciones se negaban a más contorsiones y tuvo que detenerse. Hizo entonces lo que sabía que no había que hacer: miró hacia abajo. Un abismo de fuego lo rodeaba todo y subía muy despacio, pero más rápido de lo que él era capaz. No había escapatoria posible, esta vez no. Volvió los ojos hacia arriba y vio a alguien sentado en un saliente a pocos metros.

—¿Qué clase de pájaro eres? —preguntó Tutitu con voz serena.

—Uno que no sabe volar.

—¿Estás seguro?

Hermigio pensó entonces que, aunque supiese volar, no le valdría de nada.

—¿Existes realmente?

—Claro que existo —contestó Tutitu como si se sintiese ofendido—. ¿Acaso crees que soy un sueño o una alucinación tuya? ¡Qué soberbio!

—No lo sé, quizás seas solo un personaje que algún narrador bromista ha puesto en mi camino.

—¿Un narrador? ¿Algo así como un dios? Prueba entonces a echar a volar. Si él decide que te estrelles, serás un sujeto sin voluntad que se estrella. Y si él decide que vuelas...

—Al menos volaré —Hermigio completó el silencio. De lo alto les llegó el grito de Macpóstinger que se acercaba.

—¿Por qué persigues a ese hombre?

—Quiero salvarlo —contestó Hermigio sin dudarlo.

Tutitu se quedó pensativo como si no supiese muy bien qué decir, hasta que al fin declaró que iba a contar la historia del pájaro que sabía volar:

—De vez en cuando, Glorinjú desaparecía. Los otros pájaros, ocupados en picotear los granos que aparecían milagrosamente en el suelo y en las piedras desnudas, ni se daban cuenta. Si alguno lo veía alzar el vuelo, simplemente pensaba que había dado un gran salto y que caería no muy lejos. A ninguno se le ocurría pensar que era más que un salto, que eran varios saltos en uno, saltos sobre el vacío, y que no caía lejos, sino que se posaba más allá del mundo.

Porque el mundo, para aquellos pájaros, estaba limitado por un arbusto de hojas de hierro que no daba frutos.

—¿Y por qué volvía? —quiso saber Hermigio, a quien no le gustaban las historias como aquella, sin final ni diálogos.

—Por la misma razón que se marchaba.

Un gran temblor hizo que Hermigio se agarrara fuertemente a la roca. Por un momento, creyó que todo iba a derrumbarse. Después del estruendo, siguió un extraño silencio. Miró hacia Tutitu y no lo encontró; en su lugar, la urraca soltó una risotada estúpida y murmuró jadeante:

—Qué momento amigo, qué momento.

Su expresión entera era el vacío de una máscara que colgaba de un rostro hueco. La sonrisa era un trazo estéril sobre barro endurecido, los ojos dos botones negros. Hermigio había subido hasta allí para rescatar a aquel sujeto, y no se arrepentía de semejante locura. Macpóstinger, sin salir de su nada, le ofreció algo inesperado:

—Te vendo un seguro de vida. Los tengo muy baratos.

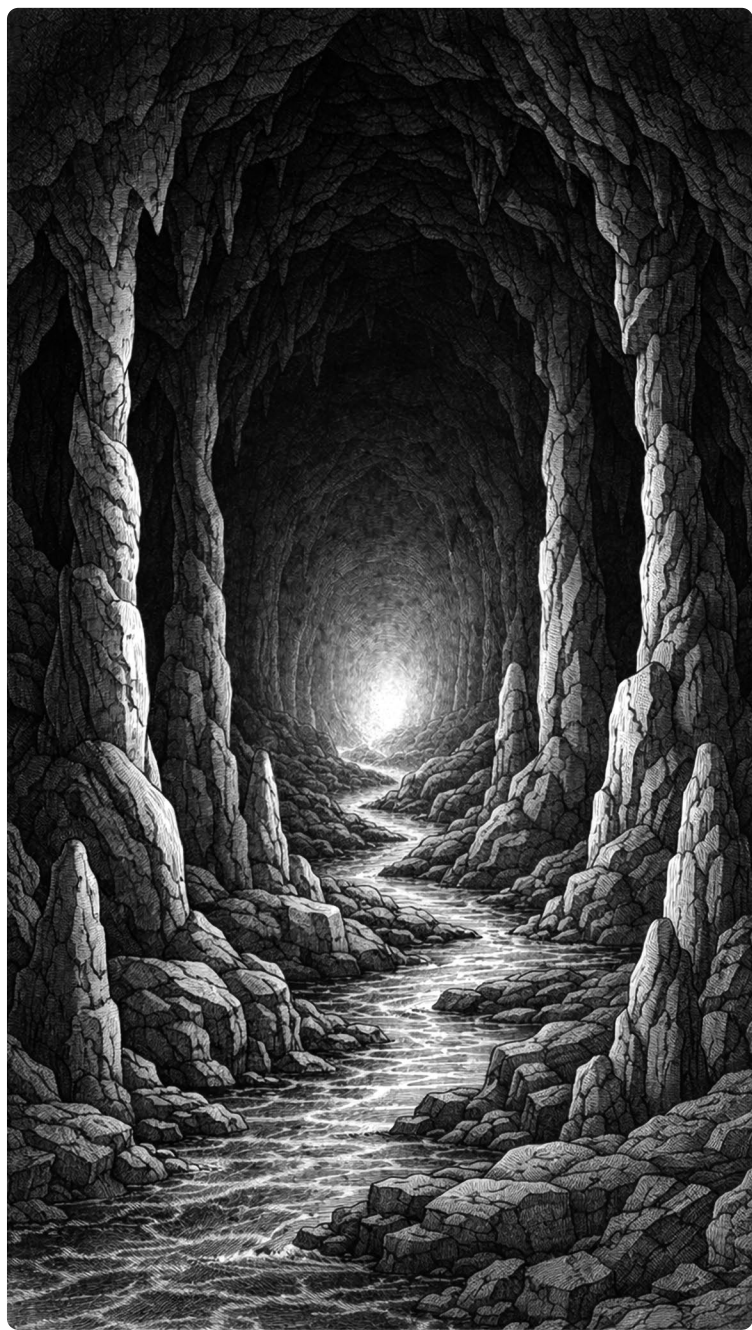
—Deja de decir necedades.

—Hace falta un buen seguro, amigo, en cualquier momento puede ocurrir cualquier cosa y...

—¡Mira a tu alrededor! ¿Cómo vas a salir de esta?

—Muy sencillo, cumpliendo mi destino.

Y la urraca se lanzó al vacío como si fuese un pájaro de verdad. Alucinado, Hermigio lo vio caer y perderse entre explosiones y chispas.



31. EL BÚHO CARUYU

Entre lágrimas, Haroldo y Majúa contemplaron el grandioso espectáculo del volcán en erupción hasta que ya no fue posible permanecer a la intemperie. Primero corrieron para alejarse de los proyectiles que caían a su alrededor, luego corrieron aún más para refugiarse en la gran cueva en cuyo fondo bailaba el Agritu. Allí esperaron y rezaron en la lengua nativa unas oraciones que llamaban al búho Caruyu, que vivía en la parte oculta de la luna y podía atravesar las paredes, para que fuese a rescatar a su amigo.

Los filipondios no se pararon a contemplar nada. Huyeron hasta su campamento y allí, viendo que no estaban aún seguros, cogieron sus botes y se resguardaron en su gigantesco portaaviones a una gran distancia de la costa. Desde allí, el volcán era un montículo que vomitaba una pelota de humo negro que se deshacía en pequeños hilos en todas direcciones. Lentamente, ese humo se volvió del color del cielo y, según caía, cubría del mismo color el suelo sobre el que se posaba. Así, como si un pintor meticuloso estuviese deshaciendo un paisaje anterior, los filipondios vieron cómo el continente emergido desaparecía delante de sus narices. Al día siguiente, no había nada en ese lado del mar. Ni tierra, ni volcán, ni humo ni explosiones. Todo lo que se oía, veía u olía había desaparecido. Y

pronto comprobaron que también lo que se tocaba, porque cuando, días después, se acercaron al lugar, no encontraron más que agua y aire.

Pero el continente no había desaparecido, simplemente había cambiado de lugar gracias a la fuerza del volcán y las cenizas de flogisto que escupía. Un cambio de lugar tan notable como no recordaban los nativos, que no habían visto una erupción como aquella desde hacía muchas lunas, lo cual les confirmaba que algo extraordinario había sucedido en su vientre. Tutitu, el viejo y cansado señor de la montaña, se había marchado. En su lugar, había un nuevo y vigoroso señor. Desde entonces lo llaman *Erimiju*, que quiere decir: «Dibujante alado de manos de roca».

Sacabó



ÍNDICE DE CAPÍTULOS

Introprologución.....	7
1. Un cartógrafo a la antigua usanza	9
2. Cartapacios contra maderos.....	13
3. Un hueco en una oquedad.....	17
4. Silba, idiota.....	21
5. El regreso de María Eugenia.....	25
6. La reina de los sueños	28
7. Cuatro albóndigas	32
8. Desmeyondactilofobia	36
9. La postura del gladiolo.....	41
10. Panchinfú	45
11. Pingüinos y monos	49
12. La bestia inmunda.....	53
13. Rábano pocho	57
14. Ungüentos contra los bichos	61
15. La suerte del paruju.....	65
16. El hombre pájaro-hombre	69
17. Pienso, luego tengo cabeza	73
18. En busca de un palo.....	77
19. Una larga historia.....	80
20. El vencedor del omóplato	84
21. La ONUPAPA.....	88
22. Derecho y administración de empresas.....	91

23. Costintanopla y Mascadasgar.....	95
24. La trompeta viceversa	99
25. Almejas de goma.....	103
26. Maldita sea	106
27. Historia del flogisto	110
28. ¿Qué quieres saber?.....	113
29. Manos de viejo	118
30. El pájaro que sabía volar.....	122
31. El búho Caruyu.....	126

En el océano ha aparecido un nuevo continente. Todos quieren apropiárselo, pero antes hay que hacer un mapa y los satélites no son capaces. Mientras los gobiernos contratan empresas de cazatesoros, Hermigio, un viejo ateo y gruñón, decide lanzarse a la aventura con sus cacharos de cartografiar. Dispuesto a dibujar a la antigua usanza esta última tierra virgen, se hace a la mar en un barquito desvencijado. Tras un accidentado viaje, alcanza por fin la costa, pero lo que allí encuentra no es lo que esperaba.

El continente emergido es una fábula de aventuras y humor con voz cervantina y trasfondo filosófico, sobre el encuentro con el otro y el lugar de las cosas antiguas en un mundo que ya no las necesita.

